

Vivencias de Don Bosco



P. Angel Peña O.A.R.

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

VIVENCIAS DE DON BOSCO

LIMA – PERÚ

Nihil Obstat

P. Ignacio Reinares
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur

Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

ÍNDICE GENERAL

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	5
SU VIDA (1815-1888).....	6
EL DIABLO.....	9
LA CONFESIÓN.....	13
JESÚS EUCARISTÍA.....	19
MULTIPLICACION DE LAS HOSTIAS.....	21
AMOR A MARÍA.....	23
LIBRES DEL CÓLERA.....	28
PROTEGIDOS EN LA GUERRA.....	33
PROTEGIDO EN LOS PELIGROS.....	34
LA PROVIDENCIA DE DIOS.....	39
POBRES GENEROSOS.....	43
DEVOCIÓN AL ÁNGEL CUSTODIO.....	48
DONES SOBRENATURALES.....	59
LAS ORUGAS.....	82
LAS LANGOSTAS.....	83
LAS CAMPANAS.....	84
EL ROSAL.....	85
FUTURO DE LA CONGREGACIÓN.....	86
CONCLUSIÓN.....	88
BIBLIOGRAFÍA.....	90

INTRODUCCIÓN

San Juan Bosco es uno de los santos más extraordinarios del santoral católico. Su amor a Jesús Eucaristía y a la Virgen fueron las características más salientes de su vida. Su amor a María lo manifestaba repartiendo medallas marianas por todas partes para que todos fueran bendecidos por Ella y protegidos de todo mal.

En su vida se cuentan muchos casos de bilocación, resplandores sobrenaturales, conocimiento sobrenatural de las cosas y milagros por centenares. Su devoción al ángel custodio la inculcaba mucho a los jóvenes, a quienes recomendaba mucho la confesión y comunión frecuentes para superar las tentaciones.

San Juan Bosco es un santo muy actual, especialmente para los jóvenes, de quien es padre y maestro. Fue un gran taumaturgo, místico y apóstol: tres palabras para designar su extraordinaria santidad. Él nos marca el camino hacia Dios, pues nos enseña por experiencia que el Evangelio se puede vivir en plenitud y que todo lo que Dios nos enseña en él, por medio de la Iglesia, es verdad.

Nota.- MB se refiere a las Memorias biográficas escritas por Lemoyne, Amadei y Ceria, que escribieron lo que conocieron personalmente u oyeron contar a testigos oculares o de primera mano sobre la vida de Don Bosco.

SU VIDA (1815-1888)

Nació en las primeras horas del 16 de agosto de 1815 en Murialdo, aldea de Castelnuovo de Asti. Su padre, Francisco, fue un sencillo campesino que murió cuando él tenía dos años y medio. Su madre Margarita era analfabeta y muy pobre, debiendo trabajar para sacar adelante a sus dos hijos Juan y José, y al hermanastro Antonio, hijo del primer matrimonio de su esposo Francisco.

A pesar de ser muy pobres, su madre le enseñó a Juanito con su vida las principales enseñanzas de la fe católica. Rezaban todos los días el rosario y cada noche leían la vida de algún santo.

A los nueve años tuvo un sueño profético, el primero de 159. Por eso, se le puede llamar el santo de los sueños por excelencia. Dios le manifestaba cosas sobrenaturales para dirigir a sus jóvenes por medio de sueños proféticos. En ese su primer sueño, vio muchas fieras que, después, se convertían en corderos. Y Jesús, que se le apareció junto con la Virgen María, le dijo: *Este será tu oficio: cambiar jóvenes tan difíciles como fieras en buenos cristianos tan dóciles como corderos.*

A esa edad, su madre quería enviarlo a la escuela, pero su hermanastro se oponía. Entonces, se decidió que iría sólo durante el invierno a la escuela de Capriglio, en donde aprendió a leer y escribir. Dice: *Mi maestro era un sacerdote muy piadoso, que se llamaba José Delacqua. Fue muy deferente conmigo y puso mucho interés en mi instrucción y, sobre todo, en mi educación cristiana¹.*

Ya en el colegio se hizo querer de sus compañeros. Él mismo dice: *A mis once años hacía juegos de manos, daba el salto mortal, hacía la golondrina (ejercicio atlético difícil), caminaba con las manos; andaba, saltaba y bailaba sobre la cuerda como un saltimbanqui de profesión².*

Hizo su primera comunión a los once años, aunque lo normal era a los doce. A los veinte años, el 25 de octubre de 1835, recibió la sotana de seminarista en la iglesia parroquial de Castelnuovo, entrando al Seminario el día treinta. En las vacaciones del

¹ Autobiografía, Editorial Salesiana, Lima, 1977, p. 12.

² ib. p. 16.

Seminario empezó a predicar. Nos dice: *Comencé a predicar con el permiso y asistencia de mi párroco. Prediqué sobre el rosario en el pueblo de Alfiano; sobre san Bartolomé apóstol en Castelnuovo; sobre la Natividad de María en Capriglio... En todas partes, se me alababa, así que la vanagloria me fue ganando hasta que sufrí un desengaño. Un día, después de predicar sobre el nacimiento de María, le pregunté a uno que parecía de los más inteligentes, acerca del sermón y me respondió:*

— *“Su sermón sobre las almas del purgatorio ha sido una maravilla”. Y yo había predicado las glorias de María³.*

En el Seminario fui afortunado y gocé siempre del aprecio de mis compañeros y Superiores. En los exámenes semestrales se solía dar un premio de 60 francos en cada curso al que obtuviera las mejores calificaciones de estudio y conducta moral. Dios me bendijo mucho, pues en los seis años que pasé en el Seminario, siempre gané este premio⁴.

El 5 de junio de 1841 fue ordenado sacerdote por Monseñor Luis Franzoni, celebrando su primera misa en la iglesia de San Francisco. Y dice: *Aquel día puedo llamarlo el más hermoso de mi vida. En el Acordaos (Memento) de aquella memorable misa procuré hacer devota mención de todos mis profesores, bienhechores, espirituales y temporales... Es piadosa creencia que el Señor concede infaliblemente la gracia que el nuevo sacerdote le pide, celebrando la primera misa. Yo le pedí ardientemente la eficacia de la palabra para poder hacer bien a las almas. Me parece que el Señor escuchó mi humilde plegaria⁵.*

Siguiendo el consejo de su director espiritual don José Cafasso, profundizó en el estudio de la Moral en el Instituto dirigido por don Luis Guala y José Cafasso. Y empezó a visitar cárceles, hospitales, hospicios y barrios pobres. Así se dio cuenta del abandono de la juventud y decidió ayudar a los jóvenes desorientados que, por efecto de la pobreza, pululaban en las ciudades. Y empezó a surgir en él la idea del Oratorio o centro de animación de jóvenes para orientarlos en la vida cristiana. El 8 de diciembre de

³ ib. pp. 54-55.

⁴ ib. p. 61.

⁵ Lemoyne, *Vida de san Juan Bosco*, Editorial Don Bosco, Buenos Aires, 1954, p. 102.

1841 recibió al primer alumno. Para el 2 de febrero de 1842 ya tenía 20 jovencitos, la mayoría picapedreros, albañiles estucadores, adoquinadores, enyesadores, etc., que estaban expuestos a todos los peligros de perversión en la ciudad. Así comenzó su gran obra de educación de la juventud, que sigue adelante por medio de los salesianos y salesianas del mundo entero.

Él supo alegrar la vida de los jóvenes, pues el espíritu de alegría era un don que Dios le había dado. Les enseñó a amar a Jesús Eucaristía, a la Virgen María y al Papa. Estos eran sus tres grandes amores.

Hizo grandes obras materiales y fundó colegios e iglesias, confiando en la providencia de Dios. Tuvo el don de hacer milagros y se preocupó mucho de la difusión de buenas lecturas. Comenzó por unas hojas, tituladas *Recuerdos para los católicos*. Después hizo imprimir un folleto titulado *Avisos a los católicos*. Él mismo dice: *Su venta fue extraordinaria, en dos años se difundieron más de 200.000 ejemplares. Ello agradó a los buenos, pero enfureció a los protestantes que pensaban ser los únicos amos del campo evangélico. Entonces me pareció urgente preparar y publicar libros para el pueblo y proyecté las llamadas "Lecturas católicas"*⁶.

Otra gran obra de Don Bosco fue la construcción del santuario a María Auxiliadora en Turín, construida en sólo tres años y sin que hubiera habido ni un solo accidente de los obreros en su construcción. Por eso, decía: *Cada ladrillo del sagrado edificio recuerda una gracia obtenida de la augusta Reina del cielo*⁷.

Tenía tanta confianza en la providencia divina que, cuando necesitaba dinero para pagar los gastos de sus obras, mandaba a sus jóvenes a rezar a la capilla y Dios enviaba su ayuda a través de bienhechores o por otros medios sobrenaturales, pero nunca dejó de pagar las deudas contraídas y tuvo el dinero necesario para realizar las obras emprendidas. Era un hombre de una fe a toda prueba. Por eso, Dios permitió que muchas veces fuera molestado por el diablo, pero también le dio el don de hacer milagros y de conocer los secretos de la conciencia, especialmente en la confesión. Fue un gran apóstol de la confesión.

⁶ Autobiografía, o.c., p. 145.

⁷ MB IX, cap. 16, p. 299.

En resumen, podemos decir que san Juan Bosco fue un padre y maestro de la juventud. Enseñó a los jóvenes el camino del bien, aconsejándoles la confesión y comunión frecuente, junto con el amor a Jesús Eucaristía y a María nuestra madre. También les inculcó mucho la devoción al ángel de la guarda, de quien recibió copiosas bendiciones y quien se le apareció muchas veces bajo la figura del perro *Gris* y lo salvó de muchos maleantes, que querían atentar contra su vida.

Su más constante recomendación, especialmente a los misioneros salesianos antes de partir a lejanas tierras, era: *Propagad la devoción al Santísimo Sacramento y a María santísima Auxiliadora, y veréis lo que son los milagros*⁸.

EL DIABLO

San Juan Bosco fue un apóstol que llevó muchas almas, especialmente de jóvenes, a Dios, sacándolos del abandono moral en que vivían y haciendo de ellos hombres de bien y buenos ciudadanos. El diablo no podía estar tranquilo y, con el permiso de Dios, lo molestaba continuamente. Y él ofrecía esos malestares y sufrimientos por la salvación de las almas, especialmente de sus queridos jóvenes. En sus Memorias biográficas se nos dice:

“El bien que hacía Don Bosco no agradaba al príncipe de las tinieblas, el cual, por permisión de Dios, había empezado a manifestar su mal humor. Es el mismo Don Bosco quien nos confió cuanto vamos a narrar. Desde que trasladó su vivienda del Refugio a casa Pinardi, todas las noches, en cuanto se acostaba, oía sobre el techo de la habitación un rumor continuo que retumbaba y que no le dejaba cerrar los ojos en toda la noche. Parecía que alguien echaba a rodar grandes piedras sobre el cielo raso de madera. Las primeras veces probó colocar unas trampas por si se trataba de ratas, garduñas o gatos; pero no cazó ningún animal. Esparció por el techado nueces, trocitos de pan y queso; subía a ver a la mañana siguiente; pero, con gran maravilla, todo seguía intacto. Hizo transportar a otra parte todo lo que había en el desván (leña, maderas sueltas, trastos viejos) para quitar, a

⁸ Lemoyne, o.c., p. 605.

quien fuere el importuno, el medio con que hacer aquel ruido; mas de nada sirvió esta precaución.

Habló de ello con don José Cafasso y éste, sospechando cuál pudiera ser la causa de broma tan pesada, aconsejóle rociara el desván con agua bendita. Pero, pese a la bendición dada, cada noche se renovaba el pavoroso fenómeno. Entonces Don Bosco se decidió a cambiar de habitación y trasladó sus pobres enseres a la última de la misma planta, hacia levante. De nada sirvió este expediente: el endiablado ruido se trasladó a la nueva habitación. Y Don Bosco, en tanto, enflaquecía y se resentía en su salud al no poder dormir, ni descansar. Entraba, de cuando en cuando, su madre por la noche en su habitación y alzando los ojos gritaba: *¡Feas bestias, dejad en paz a Don Bosco, acabad de una vez!*

Un día, por fin, llamó a un albañil. Le ordenó Don Bosco que abriese un ancho boquete, junto a la pared, en el cielo raso de su habitación, en forma de claraboya, que pudiese prestar fácil acceso al desván; acercó después una escalera, preparó lo necesario para, al primer golpe que se oyera de noche, subir con una luz, asomar la cabeza al desván e intentar descubrir qué había.

Y he aquí que se oyó el primer golpe a la hora de costumbre. En menos que se dice, sube Don Bosco a la escalera, levanta con la izquierda la tapa de madera y con la luz en la diestra se asoma al desván: mira en derredor y...

Afligido entonces al reconocer evidentemente de quién se trataba, tomó un cuadrito de la santísima Virgen y lo clavó en la pared del desván rogándole lo librara de aquella perturbación. ¡Idea feliz! A partir de aquel momento, ya no se volvió a oír nada y el cuadrito quedó allí colgado hasta que se deshizo la casa vieja y se construyó la actual. Don Bosco tranquilo, por así decir, bajo el manto de María, ocupó durante seis años aquella pieza que le servía, a la par, de salita de estudio y recibidor”⁹.

Él mismo nos dice:

“Hace una noches, el espíritu diabólico se divierte a costa del pobre Don Bosco y no le deja dormir; y ya veis qué buen tiempo ha escogido. Apenas dormido, oigo un vocerío al oído que me ensor-

⁹ MB III, cap. 3, pp. 34-35.

dece, y un soplo que me sacude como un huracán, en tanto que curioseosa, tira los papeles y desordena los libros. Estuve corrigiendo hasta muy tarde el número de las *Lecturas Católicas* titulado *El poder de las tinieblas*, lo tenía por tanto sobre la mesa; pues bien, al levantarme al alba, me lo encontré por el suelo; otro día me desapareció y tuve que buscarlo en la habitación por aquí y por allá. Es curiosa esta historia. Parece que al demonio le gusta acompañar a sus amigos y estar con los que escriben de él.

Hace tres noches que oigo cortar la leña que está junto a mi estufa. Esta noche, estando apagada, comenzó a arder por sí sola con unas llamaradas terribles que parecía iban a abrasar la casa. Otra vez, habiéndome acostado y apagado la luz, empezaba a dormirme, cuando de pronto, una mano misteriosa tira de la ropa, moviéndola lentamente hacia los pies y dejando poco a poco al descubierto la mitad de mi persona. Como los bordes de la cama se mantenían normalmente por sus dos lados, quise creer al principio que aquel fenómeno fuese producido por causa natural; así que agarraba la ropa y me la tiraba encima; pero, apenas la había ajustado, nuevamente notaba que volvía a deslizarse sobre mi cuerpo. Entonces, sospechando lo que pudiera ser, encendí la luz, bajé de la cama, miré detalladamente por todos los rincones de la habitación, pero no encontré a nadie y volví a acostarme, abandonándome a la bondad divina.

Mientras permanecía encendida la luz, nada ocurría de extraordinario; pero, en apagándola, después de unos minutos, de nuevo se movían las ropas. Encendía otra vez la vela y, al momento, cesaba aquel fenómeno, que se repetía cuando la habitación quedaba a oscuras. Una vez vi apagarse la luz por un potente soplo. A veces, comenzaba a bailar la almohada bajo mi cabeza; precisamente en el instante en que empezaba a dormirme. Hacía la señal de la cruz y acababa aquella molestia. Recitaba una oración de nuevo y me acomodaba esperando dormir al menos por algún minuto; mas, apenas comenzaba a dormirme, era sacudida la cama por una fuerza invisible. La puerta de mi habitación chirriaba y parecía abrirse empujada por un viento impetuoso.

Con frecuencia, oía insólitos y espantosos ruidos encima de mi habitación a manera de ruedas de carros a todo correr. A veces, un agudísimo grito me sobresaltaba de improviso. Una noche vi

abrirse la puerta de mi cuarto y penetrar, con las fauces abiertas, un horrible monstruo que avanzaba para tragarme. Hice la señal de la cruz y el monstruo desapareció...

Sospecho que el demonio no quiere que se abran las escuelas católicas de Puerta Nueva, en contraposición a las de los protestantes. Yo las he aconsejado, las he promovido, he hecho los primeros trámites para la adquisición de los terrenos y me he comprometido a buscar y proveer el personal y a pagar a los que allí irán... ¡Ah no! ¡El maligno no podrá impedirlo!”¹⁰.

Para luchar contra el diablo decía a los jóvenes: “El agua bendita sirve para alejar las tentaciones, y lo dice el proverbio, refiriéndose a quien huye rápidamente: *Huye como el demonio del agua bendita*.

Así, pues, en las tentaciones y especialmente al entrar en la iglesia, haced bien la señal de la cruz, porque allí os espera el demonio para haceros perder el fruto de la oración. La señal de la cruz aleja al demonio por un momento: pero la señal de la cruz con el agua bendita lo aleja por mucho más tiempo. Un día estaba tentada santa Teresa. A cada asalto hacía ella la señal de la cruz y la tentación cesaba, pero a los pocos minutos volvía el asalto. Finalmente, cansóse la santa de luchar, se roció con agua bendita y el demonio tuvo que salir”¹¹.

“¿Queréis que os enseñe a no tenerle miedo y a resistir a sus asaltos? Escuchadme. No hay nada que el demonio tema más que estas dos cosas:

1. La Comunión bien hecha.
2. Las visitas a Jesús sacramentado.

¿Queréis que el Señor os conceda muchas gracias? Visitadlo a menudo. ¿Queréis que os haga pocas? Visitadlo poco. ¿Queréis que el demonio os asalte? Visitad poco a Jesús sacramentado. ¿Queréis que huya de vosotros? Visitad a menudo a Jesús. ¿Queréis vencer al demonio? Refugiaos con frecuencia a los pies de Jesús. ¿Queréis ser vencidos? Dejad de visitar a Jesús. Queridos míos, la visita a Jesús sacramentado es un medio muy necesario para vencer al demonio. Id, pues, a visitar con frecuencia a Jesús

¹⁰ MB VII, cap. 8, pp. 70-74.

¹¹ MB VIII, cap. 61, p. 615.

sacramentado y el demonio no podrá hacer nada contra vosotros”¹².

LA CONFESIÓN

Don Bosco fue un apóstol de la confesión y leía las conciencias por un don especial que Dios le dio:

“Confesaba en las iglesias, confesaba en las casas, y confesaba en todas partes. Había obtenido del Papa Pío IX autorización para confesar *quocumque Ecclesiae loco*, es decir, en todas partes. ¿Quién puede contar el número de almas restituidas a la gracia de Dios por su celo sacerdotal? En el tren, en carruaje, en el campo, detrás de un arrenal o de un cercado y aun en la ciudad, cuando el caso lo requería, confesaba. Ocurría a veces que alguna persona le rogaba que entrase en la iglesia más cercana para oírla en confesión, y entonces el confesionario inmediatamente se veía cercado de penitentes. Desde 1842, esto es, desde el año en que recibió facultad para confesar, se había formado este propósito: *Cuando sea llamado para oír las confesiones de los fieles, si hay prisa, interrumpiré el rezo y aún haré más breve la preparación y la acción de gracias de la misa, a fin de prestarme a ejercitar este sagrado ministerio. Y como se lo propuso, así lo cumplió*”¹³.

Un joven se acercó a confesarse con Don Bosco, quien vio claramente el infeliz estado de su alma.

“Después de escuchar lo que quiso decirle, le preguntó:

—¿No tienes nada más que decir?

—Nada más.

—Y, sin embargo, pudiera ser que tuvieras todavía alguna cosa.

— No tengo nada, insistió.

El muchacho se hacía el sordo y no se decidía a soltar palabra. En aquel momento, vio Don Bosco aparecer sobre el entarimado a un horrible mono gigantesco, que pasando por entre los muchachos que le rodeaban, se abalanzó y de un salto se echó sobre las espaldas de aquel pobrecito, le apretó el cuello con sus garras y asomó el hocico entre su cara y la del joven. Al ver esto,

¹² MB VIII, cap. 4, pp. 54-55.

¹³ Lemoyne, o.c., p. 443.

Don Bosco se estremeció de espanto, le saltaron las lágrimas a los ojos por la compasión y volvió a preguntar al muchacho:

— ¿De verdad que no tienes nada que decirme?

— No recuerdo nada más.

— ¿Dices que no tienes nada más que confesar, mientras yo estoy viendo un enorme mono sobre tus espaldas?

Entonces, el joven, hondamente conmovido, lanzó un grito ahogado de espanto, rompió a llorar y, agarrando a Don Bosco por la sotana, le decía:

— No me abandone, no me abandone.

— Si no quieres que te abandone, dímelo todo.

Entonces, el pobre muchacho se animó, se abrazó al confesor, al tiempo que desapareció aquel monstruo, y confesó el pecado que había tratado de ocultar. Este hecho lo contó Don Bosco una noche a algunos entre los que estaban Ruffino y Bonetti, los cuales tomaron nota de él. Sus palabras causaron honda impresión, porque recordaban el sueño de pocos meses antes en el que había visto a tres jóvenes con un mono agarrado al cuello¹⁴.

Refiere Don Francisco Cerruti haber oído de Don Bosco mismo el hecho siguiente:

“Un día fue a buscarme una señora y me rogó con grande empeño que fuese a visitar a cierto enfermo próximo a morir. Tratábase de una persona muy importante en la masonería, que se había negado a recibir a cuantos sacerdotes intentaron confesarlo, y sólo a duras penas consintió en que llamase a Don Bosco. Yo fui allá; pero apenas entré en la habitación y cerré la puerta me dijo reuniendo todas las fuerzas que le quedaban: ¿Viene usted como amigo o como sacerdote? ¡Ay de usted si llega a nombrarme siquiera la palabra confesión!

Y mostró dos revólveres que tenía, uno en cada lado de la cama. Me los apuntó al pecho y continuó: Recuerde bien que en el momento en que me hable de confesión uno de estos revólveres lo dispararé contra usted y el otro contra mí; sólo me quedan pocos días de vida.

¹⁴ MB VI, cap. 71, pp. 730-731.

Le respondí que estuviese tranquilo y que no le hablaría de confesión sin su permiso. Le pregunté sobre su enfermedad y el parecer de los médicos. Después desvié la conversación sobre puntos de Historia y me detuve en contarle la muerte de Voltaire. Acabada la narración, añadí:

Tocante al fin de Voltaire creen algunos que se ha condenado; no lo digo yo, o al menos no me atrevo a asegurarlo, porque sé que la misericordia de Dios es infinita.

¿Cómo? ¿Hay todavía esperanza para Voltaire? Entonces tenga la bondad de confesarme.

Me acerqué a él, lo preparé y lo confesé. Cuando le di la absolución prorrumpió en copioso llanto, exclamando que jamás había gozado de tanta paz en su vida como en aquel momento. Hizo todas las retractaciones que se le pidieron. Al día siguiente, recibió el santo viático, pero antes llamó a su habitación a todos los de la casa y públicamente pidió perdón del escándalo que les había dado. Después del viático mejoró bastante, vivió todavía dos o tres meses, que empleó en rezar y pedir con frecuencia perdón por sus escándalos y en recibir varias veces con gran edificación a Jesús sacramentado.

Debes saber (acabó diciendo Don Bosco) que aquel señor era de un grado muy elevado en la masonería. Demos gracias por todo al Señor”¹⁵.

“El tres de setiembre de 1868 por la noche habló Don Bosco de una mujer que llegó al fin de sus días y ni siquiera entonces se atrevió a confesar un pecado cometido a los nueve años. Pero, en el ardor de la fiebre, dijo:

- ¡Ay, que me voy al infierno!
- ¿Por qué?, le preguntó el confesor que la asistía.
- Porque tengo un pecado, que jamás me he atrevido a confesar.

Animóle el sacerdote y la pobrecita se confesó bien. Es una lección para nosotros, mis queridos hijos; no hay que esperar a aquel momento peligroso para arreglar las cuentas de nuestra

¹⁵ Lemoyne, o.c., p. 446.

alma. Quien lo necesitase, prepare bien su conciencia con una confesión general, pero si el confesor dijese:

— Quédate tranquilo, porque no lo necesitas, siga ese tal adelante y deje toda responsabilidad al padre de su alma.

El cuatro de setiembre de 1868 habló Don Bosco así a los muchachos:

Hace pocos días había en el hospital una mujer gravemente enferma que no quería confesarse. Aumentaba el peligro de muerte y le propusieron que se llamara a Don Bosco. Ella contestó:

—Venga el que quiera; no me confesaré.

Fue Don Bosco y, en cuanto llegó, dijeron a la enferma:

—Ha llegado Don Bosco.

—Cuando esté curada me confesaré.

—Es que Don Bosco te hará sanar.

—Que me cure y entonces me confesaré.

Y dice Don Bosco:

Como yo tenía en la mano una medalla de María Auxiliadora con un cordoncito, se la presenté. La enferma la tomó, la besó y se la puso al cuello. Los presentes lloraban de emoción. Hice que salieran aquellas personas; la bendije y ella se santiguó; le pregunté cuánto tiempo hacía que no se confesaba y se confesó. Cuando terminó me dijo:

—¿Qué le parece? Hace poco no quería confesarme y me he confesado.

Estaba contenta.

—Pues yo no sé qué decir, le respondí: mire, es la Santísima Virgen, que quiere que se salve.

Y la dejé con los sentimientos de una buena cristiana.

Pongamos, pues, toda nuestra confianza en María, y quien no lleve aún su medalla al cuello, póngasela; y por la noche, y en las tentaciones, besémosla y experimentaremos una gran ayuda para nuestra alma”¹⁶.

“Un muchacho, de unos quince años, llamado Carlos, que frecuentaba el Oratorio, cayó gravemente enfermo en 1849 y, en

¹⁶ MB IX, cap. 27, pp. 314-315.

poco tiempo, se encontró a las puertas de la muerte. Vivía en una fonda, pues era hijo del fondista. Al verle el médico en peligro, aconsejó a sus padres que lo invitaran a confesarse y éstos, muy afligidos, preguntaron a su hijo qué sacerdote quería que se llamara. Él mostró gran deseo de que fueran a llamar a su confesor ordinario, que era Don Bosco. Fueron enseguida; pero, con gran pesar, respondiéronles que estaba fuera de Turín. El muchacho mostraba una gran pesadumbre, por lo que se llamó al vicepárroco, que acudió enseguida. Día y medio más tarde moría el muchacho, insistiendo en que quería hablar con Don Bosco.

Apenas estuvo de vuelta Don Bosco, le dijeron que habían ido varias veces en su busca, de parte del joven Carlos, muy conocido suyo, que se encontraba en peligro de muerte y había preguntado por él con insistencia. Se apresuró a visitarlo, por si aún llegaba a tiempo. Al llegar allí, encontróse primero con un camarero a quien pidió enseguida noticias del enfermo:

—Llega demasiado tarde. ¡Hace medio día que ha muerto!

Entonces Don Bosco exclamó sonriendo:

—¡Duerme y creéis que ha muerto!

En aquel instante, los demás de la casa, rompieron en llanto diciendo que, desgraciadamente, Carlos había muerto. Don Bosco dijo:

—¿Debo creerlo?; permitidme que vaya yo a verlo.

Y le acompañaron a la sala mortuoria, donde estaban la madre y una tía, rezando junto al difunto. El cadáver, ya amortajado, estaba, como entonces se usaba, envuelto y cosido en una sábana y cubierto con un velo. Junto a la cama ardía un cirio.

Se acercó Don Bosco. Y pensaba: ¡Quién sabe si habrá hecho bien su última confesión! ¡Quién sabe la suerte que habrá tocado a su alma! Dirigiéndose al que le había acompañado, le dijo:

—Retírense, déjenme solo.

Hizo una breve y fervorosa oración. Bendijo y llamó dos veces al joven, con tono imperativo.

—Carlos, Carlos, levántate.

A aquella voz, el muerto empezó a moverse. Don Bosco escondió enseguida la luz, y de un tirón descosió con ambas

manos la sábana, para que el muchacho pudiera moverse y le descubrió el rostro.

Él, como si despertara de un profundo sueño, abre los ojos, mira en torno, se incorpora un poco y dice:

—¡Oh!, ¿por qué me encuentro así?

Después se vuelve, fija su mirada en Don Bosco y, apenas lo reconoce, exclama:

—¡Oh, Don Bosco! ¡Si usted supiera! ¡Cuánto le he esperado! le buscaba precisamente a usted..., lo necesito mucho. Es Dios quien lo ha mandado... ¡Qué bien ha hecho viniendo a despertarme!

Y Don Bosco le respondió:

—Dime todo lo que quieras; estoy aquí para ti.

Y el jovencito prosiguió:

—¡Ah, Don Bosco! Yo debería estar en el lugar de perdición. La última vez que me confesé no me atreví a manifestar un pecado cometido hace algunas semanas... Fue un mal compañero que con sus conversaciones... He tenido un sueño que me ha espantado mucho. Soñé que me encontraba al borde de un inmenso horno de cal y que huía de muchos demonios que me perseguían y querían prenderme: ya estaban para abalanzarse sobre mí y echarme en aquel fuego, cuando una Señora se interpuso entre mí y aquellas horribles fieras, diciendo: ¡Esperad; aún no está juzgado! Después de un momento de angustia, oí su voz que me llamaba y me he despertado; ahora deseo confesarme.

Entre tanto, la madre, espantada ante aquel espectáculo y fuera de sí, a una señal de Don Bosco, salió con la tía de la habitación y fue a llamar a la familia. El pobre muchacho, animado a no tener miedo de aquellos monstruos, comenzó enseguida su confesión con señales de verdadero arrepentimiento, y mientras Don Bosco le absolvía, volvía a entrar la madre con los demás de casa, que de este modo pudieron ser testigos del hecho. El hijo, volviéndose a su madre, le dijo:

—Don Bosco me salva del infierno

Don Bosco le dijo:

- Ahora estás en gracia de Dios: tienes el cielo abierto.
¿Quieres ir allá arriba o quedarte aquí con nosotros?
—Quiero ir al cielo, respondió el muchacho.
—Entonces, ¡hasta volver a vernos en el paraíso!

El muchacho dejó caer la cabeza sobre la almohada, cerró los ojos, quedó inmóvil y se durmió en el Señor”¹⁷.

JESÚS EUCARISTÍA

Jesús, presente en la Eucaristía, era el centro y el amor de su vida. Cuando celebraba la misa, parecía que estaba en presencia del cielo en pleno, como así es en realidad, pues la misa es el cielo en la tierra.

“Cuando celebraba la santa misa estaba tan bien compuesto, tan concentrado, tan devoto, tan exacto, que edificaba grandemente a los fieles. Pronunciaba las oraciones y las partes de la santa misa, que se deben proferir en alta voz, con gran claridad para que las oyesen todos los asistentes, y con mucha unción. Experimentaba un gusto especialísimo en administrar la santa comunión y se le oía pronunciar las palabras con gran fervor de espíritu.

No dejaba de celebrar la misa, si no era realmente por gravísima necesidad. Cuando debía emprender un viaje muy de mañana, anticipaba la misa acortando su descanso, o la decía, con gran incomodidad, al llegar a su destino, aun cuando fuese muy tarde. De cuando en cuando, surcaban su rostro las lágrimas. Quedaba cortado, no sabemos si en éxtasis o a causa de fervores extraordinarios. Sucedió, en alguna ocasión, que, después de la elevación, apareció arrebatado, dando la impresión de que veía a Jesucristo con sus propios ojos. Frecuentemente, en el momento de la consagración, se cambiaba su rostro de color y tomaba tal expresión que parecía un santo, al

¹⁷ MB III, cap. 45, pp. 385-387.

decir de la gente. Sin embargo, no había en él la más mínima afectación; siempre tranquilo y natural en sus movimientos, no dejaba entrever, particularmente en las iglesias públicas, nada de extraordinario. Pero los fieles, lo mismo en Turín que allí adonde fuere, acudían presurosos en gran número y experimentaban un gran placer en ir, si sabían la hora, para verle celebrar y alcanzar el socorro de sus oraciones. Las personas que gozaban de altar privado, se consideraban afortunadas cuando podían tenerle para celebrar la misa en su casa.

Hablaba siempre de la importancia del santo sacrificio. Sugería a los suyos por regla, y a los demás como consejo, la asistencia diaria a la misa, recordando las palabras de san Agustín, de que no perecerá de mala muerte el que oye devotamente y con asiduidad la santa misa. Recomendaba, a quienes deseaban alcanzar gracias y recurrían a él, que la hiciesen celebrar, la oyesen y participaran en ella con la frecuente comunión. Decía, además, que el Señor atiende de un modo especial las oraciones bien hechas en el momento de la elevación de la santa hostia”¹⁸.

En diciembre de 1878, don Evasio Garrone asegura que fue testigo de un prodigio.

“Ayudaba la misa a Don Bosco en la capillita situada junto a su habitación, con un compañero suyo que se llamaba Franchini. Al llegar la elevación vieron al celebrante extático y con un aire de paraíso en la cara: parecía que se iluminara toda la capilla. Después, poco a poco, se levantaron sus pies de la tarima y quedó suspendido en el aire durante más de diez minutos. Los dos monaguillos no llegaban a alzarle la casulla. Garrone, fuera de sí por la extrañeza, corrió en busca de don Joaquín Berto, pero no lo encontró. Volvió y llegó precisamente cuando Don Bosco descendía, pero en el lugar aleteaba un algo del paraíso”¹⁹.

¹⁸ MB IV, cap. 39, pp. 350-351.

¹⁹ MB XIII, cap. 26, p. 762.

MULTIPLICACION DE LAS HOSTIAS

El año 1854, dice Don Bosco: “Una mañana, cuando no había en casa más sacerdote que yo, celebraba la misa de la comunión, como de costumbre. Después de consumir la hostia y el cáliz, empecé a repartir la santísima comunión a los muchachos. Había en el copón unas pocas hostias, tal vez diez o doce. Al principio, como se presentaron pocos, no vi la necesidad de partirlas, pero, después de comulgar los primeros, llegaron otros y luego más, de modo que se llenó el comulgatorio tres o cuatro veces. Hubo por lo menos cincuenta comuniones. Yo quería volver al altar, después de comulgar los primeros, para partir las partículas que quedaban; pero, como me parecía que estaba viendo en el copón siempre la misma cantidad, seguí repartiendo la comunión. Y así continué sin advertir que disminuyeran las partículas y, cuando llegué al último de los que querían comulgar, encontré en el copón, con enorme sorpresa, una sola y con ésta le di la comunión. Sin saber cómo, yo había visto multiplicarse aquellas hostias”²⁰.

“En otra ocasión, se celebraba en el Oratorio una de las fiestas más solemnes, quizá la de la Natividad de la Virgen santísima. Se habían confesado cerca de seiscientos cincuenta jóvenes y estaban preparados para recibir la santa comunión. Don Bosco comenzó la santa misa persuadido de que en el sagrario estaba el copón lleno de hostias. Pero dicho copón estaba casi vacío y José Buzzetti se había olvidado de poner sobre el altar otro copón con las hostias para consagrar. Este se dio cuenta de su olvido después de la consagración. Don Bosco comenzó a distribuir la comunión angustiado, al ver tan pocas hostias y tantos muchachos rodeando el altar. Desolado por tener que dejar a tantísimos sin poder recibir el sacramento, alzó los ojos al cielo y continuó distribuyendo comuniones. Y he aquí que, con gran maravilla suya y del pobrecito Buzzetti, que de rodillas y confundido pensaba en el disgusto ocasionado a Don Bosco con su olvido, veía él que las hostias iban creciendo entre sus manos de forma que pudo dar la comunión a todos los muchachos con las hostias enteras. Aunque hubiera partido las pocas que había en un principio, no habrían llegado más que para un cortísimo

²⁰ MB VI, cap. 71, p. 734.

número de comulgantes. Al terminar la misa, Buzzetti, fuera de sí, contó lo ocurrido a sus compañeros, algunos de los cuales habían advertido el hecho y, para comprobarlo, enseñaba el copón lleno de hostias que tenía preparado en la sacristía.

Muchas veces contó, durante su vida, este portento a sus amigos, dispuesto a afirmarlo con juramento, y entre ellos nos encontrábamos también nosotros.

El mismo Don Bosco confirmó la verdad de este hecho el 18 de octubre de 1863. Estaba hablando en privado con algunos de sus clérigos; le preguntaron sobre la verdad de lo que contaba Buzzetti. Don Bosco se puso un tanto serio y, al cabo de un rato, respondió:

—Sí, había muy pocas hostias en el copón y, no obstante, pude dar la comunión a todos los que se acercaron al comulgatorio, que fueron muchos. Con este milagro quiso demostrar nuestro Señor Jesucristo cuánto le agradan las comuniones frecuentes y bien hechas.

Y habiéndole preguntado qué sentimientos experimentaba en aquellos momentos en su corazón, contestó:

—Estaba conmovido, pero tranquilo. Yo pensaba: es un milagro mayor el de la consagración que el de la multiplicación. Pero sea bendito el Señor por todo²¹”.

Otro caso. A la fiesta de María Auxiliadora celebrada en Turín por Don Bosco en 1885 asistieron los duques ingleses de Norfolk. “Absortos en oración durante la acción de gracias, no advirtieron un prodigio que tuvo lugar allí mismo delante de ellos. Todavía vive el monaguillo que ayudaba a misa y que fue testigo ocular y prudente. cursaba cuarto curso de bachillerato y se llamaba José Grossani. Hoy es párroco de Moncuco di Vernate, en el arzobispado de Milán. Tal recuerdo lo llena siempre de santa emoción.

Como suele hacerse, cuando algunas personas han de comulgar en un altar donde no hay sagrario, se puso sobre el altar un pequeño copón con las hostias suficientes para que comulgaran los duques y su séquito, es decir, unas veinte personas. El santo las consagró y, al llegar el momento de la

²¹ MB III, cap. 40, pp. 344-345.

comuni3n, numerosas personas devotas se acercaron tambi3n a comulgar. El monaguillo y el sacrist3n hicieron lo posible para convencer a aquellas personas de que no hab3a hostias suficientes y conven3a reservar a los ingleses las que se hab3an consagrado; pero todo fue in3til, pues nadie estaba dispuesto a ceder. Era una suerte la de poder comulgar de manos de Don Bosco. Y 3l, notando el nerviosismo por disuadir a las personas extra3as, dijo al ayudante:

—D3jalos, no te preocupes.

—Pero es que las hostias est3n contadas. ¿Quiere usted que diga que las traigan del altar mayor?

—Deja, deja.

El monaguillo no se atrevi3 a insistir, pero contemplaba mientras tanto con creciente estupor un verdadero milagro de multiplicaci3n, puesto que Don Bosco, sin partir ni siquiera una hostia, iba dando la comuni3n a decenas de fieles. Asegura don Jos3 Grossani que los comulgantes superaron la cifra de doscientos. Ni ingleses ni italianos se dieron cuenta de ello y el aludido p3rroco no sabe explicarse c3mo nadie haya prestado cr3dito hasta ahora a sus tantas veces repetida narraci3n²².

AMOR A MAR3A

San Juan Bosco es uno de los santos marianos por excelencia. 3l difundi3 por el mundo la devoci3n a Mar3a, bajo el t3tulo de Mar3a Auxiliadora. Ya a los nueve a3os, en su primer sue3o prof3tico, se le aparece la Virgen Mar3a con Jes3s. Su madre, al entrar en el Seminario, le record3: *Cuando viniste al mundo, te consagr3 a la Sant3sima Virgen. Cuando comenzaste los estudios, te recomend3 la devoci3n a esta nuestra Madre. Ahora te recomiendo ser todo suyo. Ama a los compa3eros devotos de Mar3a y, si llegas a sacerdote, recomienda y propaga siempre la devoci3n a Mar3a*²³.

Y 3l nunca se olvid3 de las recomendaciones de su madre y sinti3 por experiencia personal la poderosa intercesi3n de Mar3a.

²² MB XVII, cap. 18, pp. 447-448.

²³ Autobiograf3a, o.c., p. 50.

“Desde que era seminarista, Don Bosco se industriaba para aliviar a los enfermos, invocando a María Santísima. Consistía su industria en distribuir una especie de píldoras de miga de pan o unos polvos, mezcla de azúcar y harina de maíz, imponiendo a los que recurrían a su ciencia médica la condición de acercarse a los sacramentos y rezar un determinado número de avemarías, de salves o de otras oraciones a Nuestra Señora. La medicina prescrita y las oraciones señaladas debían cumplirse durante tres días, unas veces; y otras durante nueve. Lo cierto es que hasta los enfermos más graves se curaban. De pueblo en pueblo corría la noticia, y un gran número de enfermos acudía al nuevo médico, que ganaba cada vez más confianza con el éxito de sus remedios. Desde entonces, conocía la eficacia de las oraciones dirigidas a Nuestra Señora. Tal vez la misma Santísima Virgen le había concedido visiblemente la gracia de las curaciones que él ocultaba tras la apariencia de píldoras y polvos.

En 1844 cayó enfermo en Montafia, con fiebres pertinaces, el señor Turco. Ninguna prescripción médica lo curaba. Acudió la familia a Don Bosco, el cual, después de aconsejar la confesión y comunión, les entregó una cajita con las consabidas píldoras que el enfermo debía tomar cada día en determinadas dosis, rezando antes tres salves. Apenas tomó las primeras píldoras, el señor Turco curó radicalmente. Todos quedaron maravillados. El farmacéutico se apresuró a ir a Turín y se presentó a Don Bosco para pedirle el secreto del fármaco.

Don Bosco se quedó un tanto perplejo y no se le ocurrió más salida que ésta:

—Se me han acabado las píldoras.

Pero el farmacéutico consiguió algunas. Las examinaron cuidadosamente y tuvieron que concluir: Esto es pan.

La noticia corrió por el pueblo. El mismo señor Turco fue a Turín a visitar a Don Bosco y a darle las gracias. Le contó los rumores sobre las píldoras de pan y rogó le manifestara el secreto de la medicina. Don Bosco le preguntó:

—¿Rezó usted con fe las tres salves?

—Sí.

—Pues eso basta.

Desde entonces, al verse descubierto, abandonó Don Bosco aquel método de curación y recurrió, como sacerdote, únicamente a la eficacia de las bendiciones”²⁴.

En su ministerio pastoral recomendaba mucho el uso de medallas benditas de la Virgen María.

“Un día, fue invitado Don Bosco por un buen muchacho a visitar a su hermano o hermana suya que desde hacía casi un año padecía terribles dolores en un brazo... Don Bosco no podía acudir y le entregó una medallita que ahora podemos llamar con toda verdad milagrosa, recomendándole a él y a toda la familia que rezaran a María Auxiliadora y aplicasen la medallita a su brazo enfermo. Por la noche, la familia realizó todo con mucha fe. A la mañana siguiente, el enfermo, que dejaba de serlo, gritó a todo pulmón que estaba curado y que la Virgen le había concedido la gracia. Y así diciendo, levantaba libremente el brazo. Nadie quería creer lo que veía, pero no había lugar a dudas. En el brazo del chiquito no quedó más que una postilla o mancha, recuerdo del mal pasado y que confirmaba el hecho”²⁵.

“El 22 de febrero de 1887 reunió Don Bosco a los alumnos del cuarto curso y entregó a cada uno una *medalla* de una manera algo misteriosa, recomendándoles que la tuvieran en gran aprecio, porque los protegería en cualquier calamidad. Al día siguiente, sobrevino la primera. Un espantoso terremoto sacudió furiosamente la zona de Liguria y repercutió también en el Piamonte... Pareció una gracia singular de la Virgen que los salesianos y sus alumnos quedaran libres de desgracias personales, pues no hubo muertos ni heridos ni lesionados, aunque los daños materiales fueron importantes”²⁶.

“El padre Viladevall tenía una fuerte laringitis y no podía hablar fuerte en clase. Don Bosco le dio una medalla de María Auxiliadora para que se la llevara y la introdujera en un poco de agua y después se bebiera el agua, rogando a la Virgen que lo curase. El padre siguió el consejo y..., de repente, la voz le volvió

²⁴ MB II, cap. 2, pp. 28-29.

²⁵ MB VIII, cap. 52, p. 529.

²⁶ MB XVIII, cap. 12, pp. 258-259.

sin quedar residuo alguno del mal. Por eso, conserva todavía la medalla como oro en polvo”²⁷.

* * * * *

En 1866, el volcán Etna de Italia estalló y lanzó ríos de lava ardiente. El pueblo de Nicolosi estaba en grave peligro. Enviaron un mensaje a san Juan Bosco, pidiendo consejo, y él les dijo: *Colocad medallas de María Auxiliadora alrededor del pueblo y rezad. Yo también rezo por vosotros.*

La lava se quedó a las afueras del pueblo. Faltaban 300 metros para que arrasara el pueblo y se detuvo. Hoy se puede ver todavía la masa acumulada y seca que ha quedado allí para el recuerdo de las generaciones venideras. Este hecho fue publicado por el periódico anticlerical de la época llamado *Gazzetta di Catania*.

* * * * *

Don Joaquín Berto declaró en el Proceso de beatificación, como testigo ocular, que “una señora genovesa vivía en total desacuerdo con su marido, quien desde hacía doce años ni le dirigía la palabra, sino que pedía a la hija cuanto necesitaba. Jamás ocurría que le hablara en la mesa, nunca le daba la menor muestra de atención. En aquel estado crónico de mal humor, había hasta olvidado toda práctica religiosa. Era insoportable la vida en familia.

La angustiada mujer, no sabiendo a qué santo encomendarse, fue a Sampierdarena para ver a Don Bosco, encomendarse a sus oraciones y recibir una palabra de consuelo. Pero lo encontró tan ocupado que, sin más, le dijo:

—Me es imposible entretenerme mucho tiempo con usted.

La pobrecita, apenas había empezado a contarle sus penas, cuando el beato la interrumpió diciendo:

—Entregue a su marido esta medalla.

Y, con buenas maneras, la despidió. En este expeditivo modo de comportarse, había, además, razones de prudencia, fáciles de adivinar. Pero no se puede describir la aflicción de la pobre señora, al verse también privada del consuelo que tanto

²⁷ MB XVIII, cap. 3, p. 104.

esperaba. Encontróse con don Pablo Albera, director de la casa, le enseñó la medalla y le dijo:

—¿Cómo me las arreglo yo para entregar esta medalla a mi marido? No reza nunca. La tirará a cualquier parte.

Le aconsejó don Pablo Albera que cumpliera fielmente el consejo de Don Bosco y ella replicó que no se sentía con ánimos para ello; pero don Pablo le repitió la misma recomendación.

—Pues bien, respondió ella, lo haré y ¡pase lo que pase!

Un sábado por la noche, después de cenar en su casa de campo, la señora dijo a su marido que había visto a Don Bosco, quien le había prometido que rezaría por toda la familia y que le ofrecía aquella medalla. Entonces, él exclamó:

—¿Una medalla?

Salió del comedor y se retiró a su habitación. La esposa lo siguió y el marido se echó a llorar, la abrazó y le prometió que, en adelante, sería otro. Al día siguiente, fueron juntos a misa. La paz había vuelto a aquella casa. Don Pablo Albera aseguraba por propia experiencia la eficacia de aquella sugerencia dada por Don Bosco²⁸.

* * * * *

“La devoción a María Santísima Auxiliadora se difundía cada vez más entre los fieles; a ello contribuía también que el siervo de Dios Don Bosco distribuía también sus medallas en gran número... Sin embargo, para que las bendiciones y las medallas alcanzasen el deseado efecto, Don Bosco exigía por regla ordinaria la cooperación de quien pedía la salud:

1. Poniéndose en gracia de Dios con la confesión y comunión.
2. Haciendo alguna obra de caridad.
3. Con la oración confiada y perseverante²⁹.

También inculcaba mucho la repetición de jaculatorias y decía a los jóvenes:

²⁸ MB XV, cap. 4, pp. 135-136.

²⁹ MB VIII, cap. 63, p.275.644.

“Familiarícense con el uso de las jaculatorias. Cuando se sientan tentados, vuelvan enseguida sus ojos a María y exclamen: ¡María, mi querida Madre, socórreme! O también reciten la oración que pone en nuestros labios la santa Iglesia: Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte... O bien hagan la señal de la santa cruz, que está muy descuidada por algunos cristianos y no se le da la debida importancia. Yo les aseguro que, si en aquel momento piden por uno, el Señor les dará por diez”³⁰.

LIBRES DEL CÓLERA

Juan Bautista Lemoyne, el biógrafo de san Juan Bosco, que vivió muchos años junto a él, nos dice que “en julio de 1854 se presentaron los primeros casos de cólera en la ciudad de Turín donde vivía Don Bosco; pero él les dijo a los jóvenes del Oratorio: *Vosotros estad tranquilos. Si cumplís lo que yo os digo, os libraréis del peligro. Ante todo debéis vivir en gracia de Dios, llevar al cuello una medalla de la Santísima Virgen que yo vendiciré y regalaré a cada uno y rezar cada día un padrenuestro, un avemaría y un gloria con la oración de san Luis Gonzaga, añadiendo la jaculatoria: Líbranos, Señor, de todo mal...* Por término medio, moría un setenta por ciento de los afectados, así que, salvo la peste, ninguna otra enfermedad conocida presentaba tan espantosa mortalidad...

En algunos lugares, en cuanto uno era atacado, los vecinos y hasta los mismos parientes se amedrentaban de tal modo que dejaban al enfermo sin la menor ayuda ni asistencia y era preciso que un alma caritativa y valiente se prestase a atenderlo, cosa que no siempre resultaba fácil de encontrar. Llegó a ser preciso que los sepultureros pasaran por las ventanas y rompieran las puertas para entrar en las casas a sacar los cadáveres ya corrompidos... Los casos pasaron de uno a diez, a veinte, a treinta y hasta cincuenta y sesenta por día. Del 1 de agosto hasta el 21 de noviembre se dieron en la ciudad y en sus arrabales casi 2.500 casos, de los que 1.400 fueron mortales. Junto al Oratorio

³⁰ MB VII, cap. 9, p. 81.

hubo familias que quedaron no solamente diezmadas, sino exterminadas.

Al esparcirse la noticia de que el mal empezaba a extenderse por la ciudad, Don Bosco demostró ser el padre amoroso y el buen pastor de sus hijos. Empleó todas las precauciones posibles aconsejadas por la prudencia y la ciencia para no tentar al Señor... Les dijo: *Os recomiendo que hagáis mañana una buena confesión y comunión para que pueda ofrecerlos a todos juntos a la Santísima Virgen, rogándole que os proteja y defienda como a hijos suyos queridísimos...* Les dijo también: *La causa de todo es sin duda el pecado. Si todos vosotros os ponéis en gracia de Dios y no cometéis ningún pecado mortal, yo os aseguro que ninguno será atacado por el cólera; pero, si alguno se obstina en seguir siendo enemigo de Dios o lo que es peor le ofendiera gravemente, a partir de ese momento yo no podría garantizar lo mismo para él ni para ningún otro de la casa.* Así les dijo Don Bosco la tarde del 5 de agosto de 1854...

Don Bosco se aprestó a asistir a las víctimas. Era difícilísimo encontrar personas que ni aun bien pagadas quisieran prestarse a atender a los enfermos allí o en las casas particulares. Hasta los más valientes temían el contagio y no querían correr el riesgo de su propia vida. Entonces, él reunió a sus jóvenes y les dirigió unas sentidas palabras. Les describió el miserable estado en que se encontraban muchos enfermos, algunos de los cuales morían por falta del oportuno y necesario socorro... Los muchachos del Oratorio se portaron como hijos de tal padre. Catorce de ellos se presentaron inmediatamente dispuestos a secundar sus deseos y dieron su nombre para ser inscritos en la lista de la comisión sanitaria y, pocos días después, siguieron su ejemplo otros treinta.

Si se tiene en cuenta por una parte el pánico que en aquellos días se enseñoreaba de los espíritus al extremo de que muchos, sin excluir a los médicos, huían de la ciudad; y que había enfermos abandonados por sus propios parientes; y, por otra parte, la edad y la natural timidez de los muchachos en semejantes casos, no puede dejarse de admirar la noble audacia de los hijos de Don Bosco, el cual se alegró tanto que lloró de satisfacción...

En aquel tiempo, los alumnos del internado, con Don Bosco y su madre, formaban una familia de casi cien personas. Estaban instalados en un lugar donde el cólera causó muchos estragos, ya que, lo mismo a la derecha que a la izquierda, cada casa tuvo que llorar sus muertos. Después de cuatro meses de pasada la epidemia, de tantos como eran, no faltaba ni uno. El cólera los había cercado, había llegado hasta las puertas del Oratorio, pero como si una mano invisible le hubiera hecho retroceder, obedeció, respetando la vida de todos. Y causaba además admiración el hecho de que los muchachos que se habían dedicado en aquellos días a atender a los enfermos, estaban tan sanos, fuertes y vigorosos que parecía hubieran transcurrido aquellos días, no entre los aires malsanos de los lazaretos y casas apestadas, sino en medio del campo delicioso y saludable en plenas vacaciones y descanso. Así que todos los que conocían el caso estaban maravillados y resultaba imposible no descubrir en el hecho la mano misericordiosa de Dios, que los había protegido visiblemente...

El 8 de diciembre de ese año 1854, fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, el mismo día en que lo proclamaba solemnemente dogma de fe el inmortal Pontífice Pío IX, Don Bosco les dijo a sus jóvenes: *Demos gracias, queridos hijos, a Dios que razón tenemos para ello; porque, como veis, nos ha conservado la vida en medio de mil peligros de muerte. Mas para que nuestra acción de gracias sea agradable, unamos a ella una cordial y sincera promesa de consagrar a su servicio el resto de nuestros días, amándolo con todo nuestro corazón, practicando la religión como buenos cristianos, guardando los mandamientos de Dios y de la Iglesia, huyendo del pecado mortal, que es una enfermedad mucho peor que el cólera y la peste.* Dicho esto, entonó el Tedéum, que los muchachos cantaron transportados de vivo reconocimiento y amor”³¹.

Otros casos: “Las hermanas de san José, antes de salir de Pinerolo para ir a asistir a los atacados del cólera, quisieron recibir de Don Bosco la medalla y la bendición. Él les prometió

³¹ Lemoyne Juan Bautista, *Memorias biográficas de san Juan Bosco*, Ed. Central catequística salesiana, Madrid, 1982, volumen V, cap. 9, pp. 68-74; cap. 15, pp. 116-118.

que todas volverían incólumes y así fue. Relaciones llegadas a Don Bosco o al Oratorio de mil lugares testimoniaban hechos individuales y colectivos que demostraban la portentosa eficacia de la medalla... Los salesianos repartieron muchas medallas el 23 de agosto de 1884 a los muchachos internos y externos de *La Spezia* y ninguno de los que, dóciles a las sugerencias, se pusieron la medalla bendecida, fue atacado. Murieron algunos alumnos externos, pero se descubrió que no habían hecho ningún caso de la medalla.

Un hecho trágico confirmó que la inmunidad no se debía más que a la bondad de María. Una pobre mujer, que se enteró de las maravillas de la medalla, corrió a hacerse con ella y se la puso al cuello a su hija de seis años que luchaba contra las embestidas del mal. Mejoraba la pequeñita a ojos vistas. Cuando llegó el padre y vio aquel objeto religioso, se lo arrancó y lo tiró, vomitando blasfemias. Recuperó el cólera su violencia y la niña murió”³².

“También en Francia las medallas de María Auxiliadora, bendecidas por Don Bosco, fueron portadoras de salvación. El inspector de Marsella escribía a Don Bosco en 1884: *La ciudad está casi despoblada. Más de cien mil personas huyeron. Muchas calles están completamente desiertas. Mueren cada día por término medio de noventa a cien personas... Pero en nuestra casa, gracias a la protección de María Auxiliadora, no hemos tenido todavía ni un solo caso. Mejor, cuatro veces vimos en algún pobre muchacho todos los síntomas del cólera, pero tuvimos la satisfacción de verlos desaparecer a las pocas horas. Es un milagro de la Virgen. Tenemos en casa todavía más de ciento cincuenta muchachos. Los que marcharon a sus casas disfrutaban de magnífica salud y ninguno de ellos ha sido atacado todavía por la terrible peste. Todos llevan al cuello la medalla de María Auxiliadora y hacen lo posible por practicar el remedio que usted ha sugerido. Otra noticia consoladora es que ninguno de nuestros bienhechores y amigos ha caído enfermo hasta ahora*”³³.

“El 27 de julio de 1886, recordaba Don Bosco en una carta que, para estar libres del cólera, era necesario:

³² MB XVII, cap. 8, p. 210.

³³ MB XVII, cap. 8, pp. 210-211.

1. Llevar siempre al cuello o consigo la medalla de la Virgen.
2. Invocar frecuentemente a María Auxiliadora: María Auxiliadora, ruega por nosotros.
3. Recibir con frecuencia los santos sacramentos de la confesión y comunión”.

PROTEGIDOS EN LA GUERRA

“Don Bosco les dijo a los jóvenes soldados: *Me hubiera gustado acompañar al ejército, pero mi avanzada edad no me lo permitió. Me quedé en casa, acompañé a mis hermanos e hijos con el corazón y con mis oraciones. Y, gracias a Dios, un día los vi tornar a todos sanos y salvos. ¡Cómo saltaban todos a mi cuello llenos de alegría! Yo los abracé con tierno afecto, como si hubieran vuelto de nuevo a la vida. Pero os debo confesar que, para obtener este querido resultado, me serví de un medio sencillísimo y seguro. Me había provisto de antemano de muchas medallas de María Santísima y las repartía a todos los que estaban a punto de partir para la guerra. Tendría para mucho tiempo, si os narrase las gracias que se obtuvieron*”³⁴.

Como hemos visto, por medio de la medalla de María, llevada con devoción y en gracia de Dios, Dios bendecía abundantemente y protegía de los peligros a los que la llevaban. Pero no olvidemos que la medalla debe ser la señal externa de nuestro amor a María, es decir, de nuestra consagración a María. Consagrarse significa ponerse totalmente en sus manos, abandonarse en Ella como un niño en brazos de su madre, confiando en su protección maternal.

Por eso, rezar el rosario, llevar la medalla (sea la medalla *milagrosa* u otra de María o el escapulario de la Virgen del Carmen) y consagrarse a María son manifestaciones externas de nuestro amor total a María. Es como decirle: *Soy todo tuyo, reina mía, madre mía, y cuanto tengo tuyo es*. Y Ella no se dejará ganar en generosidad.

Un hecho significativo ocurrió en el pueblo de Pontmain, Francia, donde se apareció la Virgen en 1871 en plena guerra francoprusiana. En enero de ese año, la situación de Francia era angustiosa. El ejército alemán avanzaba incontenible. El 17 de enero, la Virgen se apareció en ese pueblo, que estaba cerca de la línea del frente, a unos niños y les dijo: *Orad, hijos míos, Dios os escuchará pronto*.

³⁴ MB VIII, cap. 42, p. 430.

El párroco del pueblo consagró a la Virgen a los 38 jóvenes que iban a la guerra y que después volvieron todos sanos y salvos. Hay que anotar que la Virgen protegió también a este pueblo en 1914 durante la batalla del Marne; y en la segunda guerra mundial no cayó ni una sola bomba sobre este pueblo y todos sus soldados regresaron también con vida. En este caso la consagración a María fue su salvación.

PROTEGIDO EN LOS PELIGROS

“El año de gracia 1880, sufrió Don Bosco dos atentados, a corta distancia uno de otro, quizá relacionados entre sí, y urdidos por los sectarios para quitar de en medio violentamente a nuestro buen Padre.

El primer golpe debía darse una de las últimas semanas de junio, por un exalumno del Oratorio que se llamaba Alejandro Dasso y vivía de su trabajo en Turín. Se presentó en la portería pidiendo hablar con Don Bosco. Como conocía la casa, llegó por su cuenta hasta la habitación y fue introducido en ella. Tenía los ojos extraviados y parecía un hombre abstraído y preocupado por algo que atender muy distinto de quien estaba delante. Don Bosco lo recibió con su acostumbrada amabilidad; pero, como el mozo callaba y parecía que una creciente agitación lo llevaba al paroxismo, el siervo de Dios le preguntó:

—¿Qué quieres de mí? ¡Habla! Ya sabes que Don Bosco te quiere.

Entonces el infeliz se postró de rodillas, rompió a llorar y sollozando le contó una fea historia. Se había inscrito en la masonería, la secta había condenado a muerte a Don Bosco y se habían sacado a suerte doce nombres, doce individuos debían sucederse por aquel orden para cumplir la sentencia.

—¡A mí me ha tocado ser el primero, precisamente a mí! ¡Y para esto he venido!... Pero yo no haré jamás semejante acción. Cargaré sobre mí la venganza de los otros; revelar el secreto es mi muerte, estoy perdido, ya lo sé, pero ¿matar yo a Don Bosco? ¡Jamás!

Dicho esto, sacó el arma escondida y la arrojó al suelo. Don Bosco lo levantó, intentó calmarlo, darle seguridad, pero todo fue inútil, el pobrecito salió precipitadamente de la habitación como si una fuerza misteriosa lo empujase hacia el abismo... Intentó suicidarse, lanzándose al río el 23 de junio... Don Bosco lo ayudó y después de socorrerlo generosamente le pudo facilitar la fuga al extranjero, y buscarle un asilo seguro, donde vivió desconocido hasta el fin de sus días.

El segundo atentado ocurrió de manera más trágica, en diciembre del mismo año. Un joven señor, como de unos veinticinco años, fue a visitar a Don Bosco, quien le indicó cortésmente que se sentara a su lado en el sofá. Desde el primer momento, algo siniestro, que relampagueaba en sus ojos, aconsejó a Don Bosco a ponerse en seguida en guardia y vigilar sus movimientos. Un nerviosismo mal reprimido le agitaba. Así sentado, hablaba inconexamente, yéndose por las ramas y, a veces, se acaloraba y gesticulaba como un exaltado; de pronto, en la agitación se le resbaló del bolsillo al diván un pequeño revólver de seis tiros. Sin que él se diera cuenta, Don Bosco puso diestramente la mano encima y despacito se lo metió en el bolsillo. Aquel, en su desatinado hablar, había soltado frases provocativas... Al llegar a cierto punto, volvió su fulmínea mirada alrededor, echó su mano derecha al bolsillo, hurgó una y otra vez con señales de extrañeza y despecho, se puso de pie, observó acá y allá y no se calmaba. También Don Bosco se había levantado y, mientras seguía el otro sus frenéticas pesquisas, con toda tranquilidad le preguntó:

—¿Qué busca, señor?

—Tenía una cosa aquí en el bolsillo... Quién sabe cómo... Pero ¿dónde habrá ido a parar?

Don Bosco se aproximó rápidamente a la puerta y, puesta su mano izquierda sobre el picaporte dispuesto a abrir rápidamente, apuntó el arma contra él y, sin descomponerse, le dijo:

—¿Es esto lo que usted buscaba, verdad?

El bribón quedó de piedra y quiso apoderarse de su revólver. Pero Don Bosco le intimó con energía:

—¡Salga inmediatamente de aquí y que Dios tenga misericordia de usted!”³⁵.

El mismo Don Bosco refiere: “Un domingo del mes de enero (1854) por la tarde me anunciaron a dos señores que venían para hablarme. Entraron, y después de una larga serie de cumplimientos y lisonjas, uno de ellos comenzó a decir:

—Usted, señor teólogo, ha recibido de la naturaleza un gran don, el de hacerse entender y leer por el pueblo; por ello le rogamos quiera emplear ese precioso don en cosas útiles para la humanidad a favor de la ciencia, de las artes, del comercio.

—Eso me propongo precisamente en las *Lecturas Católicas*, de las que entiendo ocuparme con toda mi alma.

—Sería mejor se ocupara de otros buenos libros para la juventud, como, por ejemplo, una historia de la antigüedad, un tratado de geografía, de física, de geometría, pero no de las *Lecturas Católicas*.

—¿Por qué no de estas *Lecturas*?

—Porque es un trabajo ya hecho y vuelto a hacer por muchos.

—Estos trabajos los hicieron ya muchos, pero en libros eruditos, y no para el pueblo, como precisamente es mi intento con las *Lecturas Católicas*.

—Pero este trabajo no le da ningún fruto; por el contrario, si usted hiciere lo que nosotros le recomendamos, lograría también un bien material para la maravillosa institución que la Providencia le ha confiado. Tome usted, aquí tiene algo (eran cuatro billetes de 1.000 francos); no será la última limosna. Es más, recibirá usted otras mayores.

—¿Por qué razón tanto dinero?

—Para animarle a emprender las obras señaladas y para ayudar a su institución, nunca bastante alabada.

—Perdonen, señores, si les devuelvo su dinero. Por ahora no puedo dedicarme a otros trabajos científicos, sino sólo a las *Lecturas Católicas*.

—Pero si es un trabajo inútil...

—Señores, entiendo lo que ustedes quieren decirme; mas les advierto con toda claridad que ante la verdad no temo a nadie;

³⁵ MB XIV, cap. 19, pp. 441-442.

al hacerme sacerdote, me consagré al bien de la Iglesia y de la pobre humanidad; entiendo que debo continuar promoviendo, con mis débiles fuerzas, las *Lecturas Católicas*.

—Usted hace mal, replicaron con la voz y el rostro alterados, mientras se ponían de pie, usted obra mal, nos está insultando; además, ¡quién sabe qué será de usted aquí mismo! Si sale de casa, ¿está usted seguro de que volverá a entrar en ella?

En aquel momento estaban los dos tan irritados, que temía no me echaran las manos encima.

Me levanté, colocando la silla entre nosotros, y dije:

—No temo sus amenazas. Si quisiera usar la fuerza, poco me costaría; pero la fuerza del sacerdote está en la paciencia y en el perdón. Por tanto, salgan de aquí.

Girando alrededor de la silla, abrí la puerta de la habitación y dije:

—Buzzetti, acompaña a estos señores hasta la cancela, pues no conocen bien la escalera.

Quedaron confundidos ante aquella intimación y diciendo: *Nos veremos en otro momento más oportuno, salieron de allí con la cara y los ojos inflamados de rabia.*

Parecía existir una conjuración personal y secreta contra mí, urdida por los protestantes o la masonería. Contaré brevemente algunos hechos.

Una noche, mientras estaba dando clase a los jóvenes, se presentaron dos hombres y, llamándome, me dijeron fuera de prisa al *Cuor d'Oro* para asistir a un moribundo.

Fui inmediatamente, pero quise que me acompañaran algunos de los mayorcitos.

—No hace falta, me dijeron, que moleste usted a sus alumnos. Nosotros lo acompañaremos hasta la casa del enfermo y lo volveremos a traer aquí. El enfermo se puede molestar con la presencia de éstos.

—No se preocupen de ellos, añadí yo, mis alumnos darán un paseíto y se quedarán al pie de la escalera durante el tiempo que esté junto al enfermo.

Pero, llegados a la casa del *Cuor d'Oro*, me dijeron:

—Pase un momento, descanse un poco, y entre tanto iremos a prevenir al enfermo de su llegada.

Me condujeron a una habitación de la planta baja, en donde se encontraban varios tipos alegres, que, después de haber cenado, estaban comiendo castañas. Me acogieron con mil palabras de encomio y alabanza, quisieron que me sirviese y comiera de sus castañas; yo rehusé diciendo que acababa de cenar.

—Por lo menos beberá un vaso de nuestro vino, dijeron. Le gustará, es de la parte de Asti.

—Muchísimas gracias; no acostumbro beber fuera de las comidas; me sentaría mal.

—Un vasito no le hará ningún daño.

Y diciendo esto, sirven vino para todos; al llegar a mí, uno fue a buscar botella y vaso aparte. Me di cuenta entonces de su perversa intención; a pesar de ello, tomé el vaso en la mano; brindé y, en vez de beber, intentaba volverlo a poner sobre la mesa.

—No haga eso, es un desprecio, decía uno.

—Es un insulto, no nos haga este desprecio, añadía otro.

—No me apetece, no puedo y no quiero beber.

—Es preciso que beba a toda costa.

Dicho esto, uno me cogió por el hombro izquierdo, otro por el derecho añadiendo:

—No podemos tolerar este insulto. Beba de grado o por fuerza.

—Si de todos modos queréis que yo beba, lo haré; pero dejadme un poco de libertad.

Al decir esto, di un largo paso hacia la puerta y la abrí, invitando a mis jóvenes a entrar.

—No hace falta. Esté tranquilo, iremos en seguida a prevenir al enfermo. Estos, que se queden abajo, en la escalera.

Fui después conducido a una habitación del segundo piso, en donde, en lugar de un enfermo, advertí que estaba acostado el mismo que me había venido a llamar, y que, después de haber aguantado algunas preguntas, dio una risotada.

Nos fuimos. Una persona amiga hizo algunas averiguaciones sobre los que me habían llamado y su propósito. Y pudieron

asegurarme que un determinado sujeto les había pagado una suculenta cena a condición de que se las apañaran para hacerme beber un poco de vino que él había preparado. Sencillamente, debían envenenarme”³⁶.

LA PROVIDENCIA DE DIOS

Un aspecto importante en la vida de Don Bosco fue su ilimitada confianza en la providencia de Dios.

“El día 20 de enero de 1858, Don Bosco tenía que pagar una gruesa deuda y no poseía ni un céntimo. Estaban ya a 12 del mes y no se veía ninguna solución. En tales estrecheces, Don Bosco dijo a algunos jóvenes: Hoy iré a Turín y vosotros, durante el tiempo que esté fuera, turnaos uno a uno delante del sagrario rezando. Mientras Don Bosco caminaba por Turín, se le acercó un desconocido y tras el saludo le preguntó:

—Don Bosco, ¿necesita Ud. dinero?

—Ya lo creo.

—Si es así, tome; y le ofreció un sobre con varios billetes de mil, alejándose con premura. Era un rasgo de la providencia y Don Bosco mandó inmediatamente que se pagara a su acreedor”³⁷.

* * * * *

“Un día de 1859, Don Bosco bajó al refectorio, no para comer, sino para salir. Les dijo: Hoy no puedo comer a la hora acostumbrada. Necesito que, cuando salgáis del comedor, haya siempre uno de vosotros hasta las tres con algún chico escogido entre los mejores, rezando ante el Santísimo Sacramento. Esta tarde, si obtengo la gracia que nos es necesaria, os explicaré la razón de mis plegarias.

Don Bosco volvió al atardecer y dijo, respondiendo a las preguntas: Hoy a las tres, vencía un compromiso serio con el librero Paravia de 10.000 liras. También urgían otras deudas, que alcanzaban también otras 10.000 liras. He salido en busca de la providencia sin saber a dónde iba.

³⁶ Autobiografía, o.c., pp. 147-150.

³⁷ MB VI, cap. 14, p. 140.

Al llegar a la Consolata, entré y rogué a la Virgen que me consolara. Al llegar a la iglesia de santo Tomás, se me acerca un señor muy bien vestido que me dice:

—¿Usted es Don Bosco?

—Sí, para servirle.

—Mi patrón me ha encargado que le entregue este sobre.

Hubo suficiente para que pagara todas las deudas urgentísimas³⁸.

* * * * *

“En julio de 1885, el cardenal Alimonda, que era su amigo, fue a visitarlo a Mathi y le preguntó:

—¿Cómo andan sus finanzas?

—Hoy mismo debo pagar 30.000 liras y no las tengo.

—¿Cómo se las arreglará?

—Espero en la providencia. Acaba de llegarme una carta certificada, veamos lo que hay dentro.

Abierto el sobre, apareció un talón bancario de 30.000 liras. Al cardenal se le saltaron las lágrimas³⁹.

“Estaba para llegar el empresario que se había hecho cargo de los trabajos de la iglesia del Sagrado Corazón en Roma y venía para cobrar quince mil liras. Debía tenerlas preparadas para las cinco de la tarde. ¿Cómo arreglárselas cuando, a las cuatro y media, no había nada en caja?

Como solía hacer en casos semejantes, Don Bosco mandó a algunos muchachos a rezar ante el Santísimo Sacramento, y he aquí lo que ocurrió. Llegó al Oratorio un sacerdote forastero, que pedía hablar con él. Le acompañaron a su presencia y contó cómo, a fuerza de ahorrar, había reunido ocho mil liras, que estaba decidido a dejar en testamento a Don Bosco, y que un amigo suyo estaba dispuesto a hacer lo mismo con otras siete mil liras. Habiéndose comunicado mutuamente esta idea, habían pensado que era preferible entregar en seguida aquel dinero a Don Bosco mejor que tenerlo sin producir.

³⁸ MB VI, cap. 14, p. 141.

³⁹ MB XVII, cap. 17, p. 417.

—Esta mañana, decía el sacerdote, fui a casa de mi amigo para recibir las siete mil liras, juntarlas con las mías, con el deseo de venir el fin de semana y entregarlas. Mas, he aquí que por sí o por no, entré en casa para guardar el dinero en el arca e hice al revés: saqué también el mío y, distraído, me dirigí a la estación. Allí me pregunté:

—¿Pero qué he hecho, si no es hoy cuando debo ir a Turín, sino el sábado próximo?

—Me encogí de hombros y añadí:

—¡Vamos, siempre es mejor antes que después! Y he aquí las quince mil liras.

Don Bosco, sin añadir palabra, le hizo señas con la mano para que esperase un instante y mandó llamar al empresario. Llegó éste y reclamó el pago inmediato; Don Bosco le respondió:

—Yo, como ve, no tengo las quince mil liras; pero ha venido un buen párroco que se las dará por mí.

Se volvió al sacerdote y le invitó a repetir lo que le acababa de contar.

El empresario, el párroco y Don Bosco no pudieron contener las lágrimas⁴⁰.

* * * * *

“Habían empezado las excavaciones del templo de María Auxiliadora y se echaba encima el pago de la primera quincena. Necesitaba mil liras. De pronto, con motivo del sagrado ministerio, Don Bosco fue llamado al lecho de una persona gravemente enferma. Estaba en cama imposibilitada desde hacía tres meses, aquejada de tos y fiebre, con grave debilidad de estómago.

—Si yo pudiese, comenzó a decir, recuperarme un poco, estaría dispuesta a cualquier rezo, o cualquier sacrificio; sería para mí una señalada gracia si tan sólo pudiese levantarme de la cama.

—¿Qué se le ocurriría hacer?, preguntó Don Bosco.

—Lo que me diga.

—Haga una novena a María Auxiliadora.

—¿Qué debo rezar?

⁴⁰ MB XV, cap. 16, pp. 416-417.

- Durante nueve días rece tres *padrenuestros*, *avemarías* y *glorias* al Santísimo Sacramento con tres *salves* a la bienaventurada Virgen María.
- Lo haré ¿y qué obra de caridad?
- Si le parece bien y, si consigue una verdadera mejoría, haga una ofrenda para la iglesia de María Auxiliadora que se está edificando en Valcocco.
- Sí, sí, con mucho gusto. Si durante esta novena consigo solamente poderme levantar de la cama y dar unos pasos por esta habitación, haré un donativo para la iglesia de que me habla.

Empezó la novena y estábamos ya en el último día. Don Bosco debía entregar aquella tarde no menos de mil liras a los obreros. Fue a visitar a la enferma. Abriole la doncella y con gran gozo le anunció que su señora se encontraba perfectamente curada; había dado ya dos paseos y había ido a la iglesia para dar gracias al Señor.

Mientras la criada le contaba rápidamente todo aquello, salió jubilosa la misma señora, exclamando:

- Estoy curada, ya he ido a dar gracias a la Virgen Santísima; tenga el paquete que le he preparado. Esta es la primera limosna, pero ciertamente no será la última.

Don Bosco tomó el paquete, volvió a casa, lo desenvolvió y halló cincuenta napoleones de oro, que eran precisamente las mil liras que necesitaba.

Desde este momento, como veremos, fueron tales y tantas las gracias de la Virgen, para quienes cooperaban en la construcción de su iglesia en Valdocco, que bien puede asegurarse que Ella misma (la Virgen María) la edificó”⁴¹.

En junio de 1862 ocurrió otro hecho providencial. “El maestro de obras se le había presentado, pidiéndole unos miles de liras para pagar a los obreros. Don Bosco sabía perfectamente que no tenía dinero, pero no se atrevió a darle una respuesta negativa. Subía poco después a su habitación, pensando dónde poder hallar la cantidad reclamada. Sentado a la mesa, revolvía papeles, cartas y planos, cuando apareció de pronto un sobre,

⁴¹ MB VII, cap. 45, pp. 102-103.

cuya procedencia ignoraba. Lo abrió y encontró las cinco mil liras, que necesitaba el maestro de obras; bajó tranquilamente y se las entregó. Este hecho demuestra el sumo cuidado que Dios tiene con sus siervos, ya sea que Él inspirara a alguien que llevara secretamente aquel dinero, ya sea, digámoslo también, que prodigiosamente lo hiciera aparecer allí. ¡Es tan bueno el Señor! Don Bosco no supo nunca de dónde procedía aquel donativo”⁴².

Dice Don Bosco: “Un día mi bolsa estaba totalmente vacía; de pronto, se presentó el panadero. Me pedía que le pagara el pan que había suministrado al Oratorio. Me quedé un instante en silencio y le respondí:

—Vuelva mañana y le pagaré todo.

Se me escapó esta respuesta sin casi saber lo que decía, pero de repente advertí que en mi interior se reavivaba una fuerte confianza en la divina providencia. Llegó el día siguiente y yo no tenía un céntimo. Bajé a la iglesia, dándole vueltas al problema de mi deuda. Fui a celebrar la santa misa: en aquel momento entró en la sacristía un joven muy agraciado, preguntando por mí. Vio a un sacerdote, le entregó una carta para dármela y se retiró. Al terminar la misa, me dieron el sobre que estaba sellado. Lo abrí y me encontré tres billetes de mil liras cada uno, que era precisamente la cantidad a que ascendía la deuda. Notad que yo no había manifestado a nadie mi necesidad y no conozco al joven portador de la carta. ¡Ved cuán grande es la divina providencia!”⁴³.

POBRES GENEROSOS

“Un día volvía de la ciudad al Oratorio y se encontró, junto a la portería, con una pobre mujer que llevaba a su hijito de un año en brazos; estaba tan pálido y flaco, tenía los ojos tan apagados, la carita tan cubierta de postillas, tan inmóvil y callado, que parecía un cadáver. Detúvose y, mirando al pobrecito niño, dijo a la madre:

⁴² MB VII, cap. 12, pp. 106-107.

⁴³ MB VII, cap. 76, pp. 668-669.

- ¿Cuánto tiempo hace que está enfermo?
- Desde que nació está así.
- ¿Le gustaría a usted que se curase?
- ¡Imagínese! ¡Pobre hijo mío!
- ¿Lo ha recomendado ya a la Virgen?
- Sí, pero no experimenta mejoría alguna.
- ¿Y va usted a recibir los sacramentos?
- Alguna vez.
- ¿Cree que la Virgen puede curar a su hijo?
- Sí, pero no merezco gracia tan grande.
- ¿Y si la Virgen se lo curase, qué haría en su honor?
- Le entregaría lo mejor que tengo.
- ¿Quiere que le dé la bendición de María Auxiliadora?
- ¡Sí, sí, Don Bosco!
- Pues bien: vaya a confesarse y comulgar cuando pueda. Rece durante nueve días tres *padrenuestros*, *avemarías* y *glorias* en honor de María Auxiliadora. Invite también a su marido a rezarlos, y la Virgen les escuchará.
Y bendijo al niño.

Quince días más tarde, domingo, entraba en la sacristía del Santuario para hablar con Don Bosco. Al llegar ante el Santo, exclamó loca de alegría:

—¡Mire mi niño!

No recordaba Don Bosco la bendición que había dado a aquel niño moribundo quince días antes. La mujer le recordó el hecho y le contó que, al tercero o cuarto día de la novena que le había mandado, ¡el niño se había curado instantáneamente!

—Ahora, siguió diciendo, he venido a cumplir con mi deber.

Y al decir esto, sacó un estuche donde había unos atavíos femeninos de oro: un collar, un par de pendientes y un anillo. Don Bosco los tomó en sus manos.

—¿Esta es su ofrenda?

—Sí señor, prometí que regalaría a la Virgen lo mejor que tengo y le ruego que lo acepte.

—Pero, dígame: ¿cuenta con algo para enfrentarse con la vida?

—No señor, vivimos al día con el jornal de mi marido, que trabaja en la fundición.

- ¿Y sabe su marido que ha destinado todo esto para la Virgen?
- Sí, señor, lo sabe y me autoriza para ello con mucho gusto.
- Y dígame: ¿guarda algún ahorro?
- ¿Qué ahorro quiere que hagamos con tres liras diarias?
- ¿Y, si se deshace de todo, cómo se las arreglará frente a una desgracia o una enfermedad?
- No me preocupa, Dios proveerá.
- Pero si guarda este oro, podrá aprovecharlo en alguna circunstancia, vendiéndolo o empeñándolo en el monte de piedad.
- El Señor ve que somos pobres, y yo debo entregar lo que he prometido.
- Don Bosco, que estaba muy conmovido, continuó diciendo:
- Óigame, vamos a hacer así. La Virgen no le pide tanto sacrificio. Pero, como es justo que por su parte haya una muestra sensible de gratitud, yo tomaré solamente este anillo. Llévase el collar y los pendientes.
- ¡Ah, no! Prometí todo y quiero darlo todo.
- Le aseguro que la Virgen está contenta.
- La buena mujer estaba todavía indecisa, mas acabó por decir:
- Bueno, haga como dice; pero si quiere todo mi oro, tómelo en hora buena.
- Don Bosco repitió su propuesta resueltamente y la pobre mujer volvió satisfecha a su casa. ¡Cuánto corazón y cuánta fe!
- Otro caso. Hacia el año 1870, cierta mañana llegó al Oratorio un hombre pobre después de haber viajado de Alba a Turín; se confesó y comulgó y se presentó a Don Bosco para cumplir un voto. Había estado enfermo, desahuciado por los médicos y, ya a punto de muerte, había prometido llevar a la Virgen todo el dinero que poseía, y curó al instante. Contempló Don Bosco a aquel hombre, pensando qué dinero podía poseer. Sacó él de la faltriquera un envoltorio, lo desenvolvió y apareció el dinero: ¡una lira! Con toda solemnidad la puso en manos de Don Bosco y dijo:
- Esto es todo lo que tengo: ¡tómelo!
- ¿Estas son todas sus riquezas?
- Todas.

- ¡Soy un pobre bracero! Vivo al día.
- ¿Cómo hará para volver a su casa?
- No hay problema; lo mismo que he hecho para venir; iré a pie.
- ¿Está en ayunas todavía?
- Desde luego, porque quería comulgar. Pero antes de media noche comí un pedazo de pan que traía.
- ¿Y qué tiene ahora para desayunar?
- Nada.
- Yo le ofrezco hospedaje en mi casa.
- No. Volveré a pie. Si tengo hambre, pediré limosna. Si me canso en el camino, descansaré. Si me viene el sueño, pediré albergue en el pajar de una alquería, pero cumpliré mi voto. ¡Adiós y ruegue por mí! Y se fue”⁴⁴.

“Cierta día llegó al Oratorio para hablar con Don Bosco una anciana de setenta y cinco años.

Don Bosco la llevó aparte, la invitó a sentarse, y ella comenzó a decir:

- Soy una pobre anciana; siempre he tenido que trabajar para poder vivir. Tenía un hijo y se me ha muerto; ya no me queda más que morir yo también. No tengo herederos forzosos; mi hijo antes de morir me dijo que diera de limosna todo lo que me sobrara. Tengo cien liras, son el ahorro de cincuenta años de trabajo continuo y se los entrego a usted. Tengo todavía quince liras y las guardo para pagar el ataúd cuando me muera. Tengo además otra pequeña cantidad para pagar el médico. Esta tarde voy a acostarme y será cosa de pocos días.
- Tomo estas cien liras, respondió Don Bosco, y se las agradezco; pero le aseguro que no las tocaré hasta después de su muerte; por tanto, si pasa cualquier cosa, venga cuando quiera que son suyas.
- No; es mejor así; yo doy mi limosna y tengo mi mérito; emplee usted ese dinero. Si yo me encontrare en necesidad, vendré a pedirle limosna y usted, al dármela, tendrá también su mérito. Pero, ¿vendrá usted después a verme cuando este enferma?
- ¡No faltaba más!, contestó Don Bosco.

⁴⁴ MB X, cap. 1, pp. 97-98.

Al día siguiente, Don Bosco, impresionado por la ingenua caridad de aquella pobrecita, pensaba ir a visitarla, pero ya no recordaba la calle ni el número de la casa. Pasaron dos días y otra mujer vino a llamarlo. Don Bosco acudió en seguida. Tan pronto como entró en la estancia reconoció a la anciana, la cual sonriendo le hizo señas de que no necesitaba nada.

—Sí, exclamó Don Bosco, usted necesita algo; de no ser así no me habría llamado.

—Sí, necesito recibir los santos sacramentos.

Los recibió todos con viva fe y murió en la paz del Señor⁴⁵.

En otra ocasión, “un mendigo vino a la iglesia, recibió los santos sacramentos y asistió a las funciones sagradas; pero se le veía muy angustiado por no hallarse en condiciones de entregar un donativo para la nueva iglesia. Le inspiró el Señor un medio y lo aceptó. Salió de la iglesia, fue de puerta en puerta, pidiendo, y logró reunir diez céntimos. Volvió a la iglesia, rezó y después, muy conmovido, entró en la sacristía, diciendo:

—He juntado estos diez céntimos que constituyen todo mi haber.

Los entrego para la iglesia. No puedo hacer más, pero vuelvo de nuevo a ella para pedir a Dios que inspire a otros para que hagan donativos mayores⁴⁶.

“Durante el año 1865 llegaron las obras de la iglesia hasta cubrir el techo y se terminó también la bóveda, a excepción del espacio que debía ocupar la circunferencia de la cúpula.

Mientras se realizaban estos trabajos, sucedió un hecho que maravilló a los obreros. Un pobre revendedor de fruta se acercó en los primeros días de verano a vender su mercancía por la zona de Valdocco. Se enteró de que se estaba construyendo la iglesia de María Auxiliadora con aportaciones particulares de los fieles, y quiso él también tomar parte. Con generoso sacrificio llamó al maestro de obras y le entregó toda su fruta para que la repartiera entre los albañiles. Queriendo, después, según su propia expresión, terminar la obra comenzada, rogó a los albañiles que le ayudasen a cargar con una gruesa piedra y con ella a hombros empezó a subir a los andamios. Temblaba el buen viejo

⁴⁵ MB VI, cap. 14, p. 146.

⁴⁶ MB IX, cap. 22, p. 256.

bajo el peso de la piedra, pero le parecía ligero, dado el fin religioso que le animaba. Cuando llegó arriba, descargó la piedra y exclamó satisfecho:

—¡Ahora puedo dormir contento, porque espero poder participar de algún modo del bien que se hará en esta iglesia!”⁴⁷.

La construcción de la iglesia de María Auxiliadora de Turín, terminada en 1868, fue un milagro manifiesto. Muchos pobres y ricos colaboraron generosamente en su construcción. Por eso, decía Don Bosco:

“Llamó la atención que no hubiera habido ninguna desgracia entre los obreros durante el tiempo que duró la construcción de esta iglesia y se dijo que eso era un milagro... Esto no debe maravillar, ya que cada ladrillo del sagrado edificio recuerda una gracia obtenida de la augusta Reina del cielo... Pero hay un milagro que desafió a todos a negarlo. Esta iglesia de María Auxiliadora fue construida en tres años y sin medios. ¡Una iglesia que cuesta un millón!”⁴⁸.

DEVOCIÓN AL ÁNGEL CUSTODIO

Era una de las devociones que más inculcaba a los jóvenes del Oratorio, después de la Eucaristía y el amor a la Virgen María. Su ángel se le presentó en forma de un perro durante más de 30 años y lo salvó de muchos peligros.

“El perro *Gris* se asemejaba por su forma y su tamaño a un perro de ganado o mastín de guardia. Ante todo hemos de notar que nadie, ni siquiera Don Bosco, supo jamás de dónde venía o quién era su dueño. Pero, si no podemos presentar su partida de nacimiento, muy bien podemos concederle un *certificado de buena conducta*, por el servicio incalculable que prestó durante varios años a Don Bosco y al Oratorio.

Viendo que continuamente era acechado por los malvados y rogado por los amigos para que estuviera en guardia, Don Bosco empleaba toda suerte de precauciones, para no encontrarse

⁴⁷ MB VIII, cap. 8, p. 102.

⁴⁸ MB IX, cap. 16, pp. 199-200.

fuera de casa, avanzada ya la noche; pero, sucedía a veces, y muy a pesar suyo, que debía andar por la ciudad hasta entrada la noche al lado de un enfermo, o con un señor para resolver necesidades de sus pupilos o con una familia engañada por los herejes y que ofrecía esperanza de volver al buen camino. Entonces, no se preocupaba de sí mismo y, después de cumplir su deber, se ponía en camino, aunque fuera de noche, hacia Valdocco. Esta zona era muy poco habitada por aquel tiempo. El último edificio en dirección del Oratorio era el manicomio; el resto era todavía campo sin cultivar, desigual, obstruido, en parte, por acacias y malezas; todo muy oscuro y muy a propósito, por consiguiente, para esconderse fácilmente los malhechores. Por ello, aquel trozo de camino era muy peligroso, singularmente para Don Bosco, convertido en blanco de la maldad de los enemigos de la religión, los cuales tenían por bueno cualquier medio con tal de eliminarlo.

Volvía a casa, ya muy tarde, una noche del 1852. Iba solo con miedo a cualquier encuentro peligroso, cuando he aquí que se presentó un gran perro. Al primer momento tuvo miedo, pero después, viendo que no atacaba y hasta le hacía fiestas, inmediatamente estableció buenas relaciones con él. El fiel animal lo acompañó hasta el Oratorio y, sin entrar en él, se marchó. No fue aquella la única vez, sino que todas las noches en que él no podía llegar a casa a tiempo, o que iba sin una buena compañía, apenas pasaba las últimas construcciones, veía aparecer a *Gris*, ora por un lado, ora por otro. Era entonces cuando mamá Margarita, al ver que su hijo no llegaba a tiempo a casa, estaba con ansia y enviaba a algún joven a esperarle. Alguno recuerda haberle encontrado varias veces junto con su guardián de cuatro patas.

En el año 1855 Cigliutti, Gravano, Falchero, Gaspardone, Carlos Castagno, José Buzzetti y Félix Reviglio contaban a Juan Villa que ellos habían visto al *Gris* y, lo mismo que éstos, muchísimos más, los cuales habían sido también testigos de las amenazas y atentados de los malvados contra Don Bosco. Carlos Tomatis nos aseguró que él había encontrado por el camino al *Gris*, al que Don Bosco llamaba su fiel guardián, hacia las nueve de la noche y nos lo describió así: Era un perro de aspecto

formidable. Muchas veces, mamá Margarita exclamaba al verlo: ¡Ya está el animalazo ese! Casi parecía un lobo, tenía el morro alargado, las orejas derechas, el pelo gris, la altura de un metro.

Causaba miedo a los que no le conocían. Nos contó Don Bosco: Volvía yo a casa una noche, algo tarde. A cierto punto me encontré con un amigo que me acompañó hasta el *Rondo*: al llegar allí me saludó para despedirse. Desde allí hasta el Oratorio era el trozo más peligroso para mí. Pero he aquí que apareció mi guardián, el *Gris*. Aquél, al ver un perrazo tal, dio señales de gran extrañeza mezclada con un poco de miedo, y quiso arrojarlo lejos de mí, antes de marcharse. Yo insistía en que no se preocupase, puesto que yo conocía al perro y el perro me conocía a mí y que éramos buenos amigos, pero él no se tranquilizaba y dijo:

—No permitiré que vaya usted solo a casa con este perro.

Tomó dos gruesas piedras y se las tiró con toda su fuerza una tras otra. El perro no se movió, ni dio muestras del menor resentimiento, como si las piedras hubieran caído sobre una roca, y no sobre su cuerpo. Entonces aquel buen hombre se asustó y exclamó:

—¡Es un duende! ¡Es un duende!

Es decir, un animal embrujado; y, no osando volver atrás, me acompañó hasta el Oratorio. Una vez allí tuve que enviarle dos muchachos mayores para que le acompañasen, porque no hubiese sabido volver solo a su casa, con el miedo que le había ocasionado la insensibilidad del perro y el temor de volver a encontrarlo otra vez. Pero el *Gris*, en cuanto me vio acompañado, desapareció.

Así pues, el *Gris*, al que también vio, al menos dos veces, el clérigo Miguel Rúa, acudía a defender a Don Bosco en los momentos de mayor peligro, con su oportuna aparición que nosotros calificaríamos de prodigiosa.

Una vez, en lugar de acompañarlo a casa, no le dejó atravesar el umbral. A causa de un olvido tenido durante el día, debía salir una tarde a hora ya muy avanzada. Intentaba mamá Margarita disuadirlo; pero él, después de animarla a que no tuviera miedo, se caló el sombrero, llamó a unos muchachos para que le acompañaran y salió hasta el cancel. Al llegar allí, se

tropezó con el *Gris*, tendido a lo largo. El portero, que no le conocía, había intentado varias veces alejarlo hasta con golpes, pero él volvía de nuevo, como si tuviera que esperar a alguien.

—¡Hola, el *Gris*, exclamó Don Bosco; mucho mejor, seremos uno más. Levántate, pues, dijo después al perro, y ven.

Pero el perro, en vez de obedecer, soltó una especie de gruñido y permaneció en su puesto. Por dos veces intentó Don Bosco pasar por encima de él y por dos veces se negó el *Gris* a dejarle pasar. Alguno de los muchachos le tocó con el pie para que se moviera, pero él respondió con un espantoso ladrido. Intentó entonces Don Bosco salir rozando las jambas de la puerta, pero el *Gris* se arrojó a sus pies. La buena Margarita dijo entonces: *Si no quieres escucharme a mí, escucha al menos al perro; no salgas*. Al ver Don Bosco a su madre con tanta zozobra, creyó prudente satisfacer sus deseos y volvió a entrar en casa. Aún no había pasado un cuarto de hora, cuando un vecino vino en su busca y le encomendó estuviera en guardia, porque había sabido que tres o cuatro individuos gritaban por los alrededores de Valdocco decididos a darle un golpe mortal.

Don Bosco había escapado a sus asechanzas, pero aquellos desalmados no desistían de sus homicidas propósitos. Volvía una noche a casa, por la calle que va desde la plaza Manuel Filiberto hasta el llamado *Rondó*, hacia Valdocco. Al llegar un poco más allá de la mitad, advirtió Don Bosco que alguien corría tras él; se volvió, y al ver a pocos pasos a un sujeto con un enorme garrote en la mano, se echó a correr con la esperanza de llegar al Oratorio antes de ser alcanzado. Estaba ya en la costanilla, que hoy da a la casa Delfino, cuando descubrió frente a él a unos cuantos más, que intentaban atraparle en medio. Estaba éste a punto de propinarle un golpe. Don Bosco se detuvo repentinamente, y le dio con tal destreza y fuerza un codazo en el estómago que el desgraciado cayó por tierra.

Con el éxito del golpe, Don Bosco habría podido salvarse de las manos de aquel; pero estaban ya los otros, con sus palos en alto, cercándolo. En aquel instante, saltó al medio el *Gris* providencialmente, se colocó junto a Don Bosco, empezó a ladrar y a aullar, después a rebullirse de un lado para otro con tal furia, que aquellos brutos, medio muertos de miedo y temiendo ser

hechos pedazos, rogaban a Don Bosco que lo amansase y lo tuviera a su lado. Mientras tanto, uno tras otro se desbandaron dejando que el sacerdote siguiese su camino. El perro no abandonó a Don Bosco hasta que entró en el Oratorio. Fue entonces cuando, siguiéndole por el patio, y acercándose hasta la puerta de la cocina, recibió unas muy bien merecidas caricias, aunque un tanto prudentes, de mamá Margarita, como ella misma y Buzzetti se lo contaban a Pedro Enría.

Otra vez, también de noche, volvía él a casa por la avenida Reina Margarita, cuando un individuo, que espiaba sus pasos, escondido tras un olmo, le disparó a quemarropa dos tiros de pistola. Falló los dos y entonces el criminal se abalanzó sobre Don Bosco para acabar con él de otro modo; pero, en aquel instante llegó el *Gris*, saltó impetuosamente sobre el agresor, le puso en precipitada fuga y, después, acompañó a Don Bosco hasta el Oratorio.

Una noche el *Gris* entretuvo un rato a los internos. Estaba Don Bosco cenando en compañía de sus clérigos y en presencia de su madre, cuando entró el perro en el patio. Algunos muchachos, que no le habían visto nunca, tuvieron miedo, y quisieron pegarle o echarle a pedradas. Buzzetti, que lo conocía, gritó enseguida:

—No le peguéis, es el perro de Don Bosco.

A estas palabras se le acercaron todos, le acariciaron, le agarraron por las orejas, le apretaron el morro, le hicieron mil mimos, y por fin lo llevaron hasta el comedor. La inesperada visita de aquel gran animal asustó a algunos de los comensales de Don Bosco, el cual dijo:

—Es mi *Gris*, no muerde: no temáis, dejadlo venir.

El perro miró en derredor de la mesa, dio una vuelta y se acercó haciendo fiestas a Don Bosco. Este le acarició y quiso darle algo de la cena; le ofreció pan, sopa y cocido y hasta de beber, pero el *Gris* rechazó todo y no se dignó olfatear nada. Así era de desinteresado en su servicio.

—Entonces, ¿qué quieres? Preguntó Don Bosco.

Y el perro estiró las orejas, meneó la cola, siguió dando señales de satisfacción y apoyó la cabeza sobre la mesa, mirando a

Don Bosco como si quisiera darle las buenas noches. Después, reemprendió el camino y salió acompañado de los muchachos hasta la puerta.

Recuerdo, nos aseguraba Buzzetti, que aquella noche había llegado Don Bosco a casa bastante tarde, pero en coche con el Señor marqués Domingo Fassati. Al no encontrarlo por el camino, parece como que el perro hubiese venido para manifestar su propósito de haberlo acompañado fielmente según costumbre.

Una tercera vez salvó el *Gris* la vida de Don Bosco. Era a fines de noviembre de 1854. Volvía a casa una noche muy oscura y nubosa desde el centro de la ciudad, de la Residencia sacerdotal, y para no caminar muy lejos de la parte habitada bajaba por la calle que, desde el santuario de Nuestra Señora de la Consolación, va hasta la institución del Cottolengo. Al llegar a cierto punto del camino, advirtió Don Bosco que dos hombres le precedían a poca distancia, y que aceleraban o detenían el paso a medida que él lo aceleraba o disminuía; más aún, si él atravesaba a la parte opuesta para esquivarlos, ellos hacían lo mismo para situarse delante de él. No quedaba ninguna duda de que se trataba de dos malintencionados. Intentó, pues, desandar lo andado para ponerse a salvo en cualquier casa del vecindario; pero no tuvo tiempo; porque aquellos dos, volviéndose repentinamente atrás y guardando profundo silencio, se le echaron encima y le cubrieron la cabeza con una manta. El pobre Don Bosco se esforzó para no dejarse envolver; se agachó rápidamente, liberó por un instante su cabeza y se defendió. Pero los atacantes intentaron envolverlo más fuerte, mientras a él no le quedaba más que pedir socorro y no pudo, porque uno de los asesinos le tapó la boca con un pañuelo. ¿Qué sucedió entonces?

En aquel momento terrible y de muerte segura, mientras invocaba al Señor, apareció el *Gris*, el cual se puso a ladrar tan fuerte y con tales ladridos, que no parecía el ladrar de un perro o de un lobo, sino el aullar de un oso rabioso, que atemorizaba y ensordecía a la vez. No satisfecho con ello se lanzó con sus patas contra uno de aquellos maleantes, y le obligó a dejar la manta sobre la cabeza de Don Bosco, para defenderse a sí

mismo: se echó después sobre el otro, y, en menos que se dice, le mordió y lo derribó por tierra. Cuando el primero vio la suerte del compañero, intentó huir, pero el *Gris* no le dejó, porque saltó sobre sus hombros y le arrojó también al fango. Hecho esto, se quedó allí inmóvil aullando y contemplando a aquel par de canallas, como si les dijese: *¡Ay de vosotros si os movéis!*

Al llegar a este punto, cambió totalmente la escena: los dos bribones se pusieron a gritar:

—Don Bosco ¡por favor! llame a ese perro, que no nos muerda.

¡Por favor, piedad de nosotros, llame a ese perro!

—Lo llamaré, respondió Don Bosco, si me dejáis en paz.

—Sí, sí, vaya en paz, pero llámelo pronto, exclamaron de nuevo.

—*Gris*, dijo entonces Don Bosco, ven aquí.

Y el perro, obediente, se acercó a él, dejando libres a aquellos malhechores que escaparon a todo correr. Sin embargo, pese a la inesperada defensa, Don Bosco no se sintió con ánimos para proseguir el camino hasta casa. Entró en la vecina institución del Cottolengo. Allí se rehízo un poco del susto, le aliviaron caritativamente con una oportuna bebida y reemprendió el camino del Oratorio bien escoltado. El perro le siguió hasta los pies de la escalera por la que se subía a su habitación.

Por aquel tiempo, dice Ascanio Savio, una impía Gaceta había amenazado de muerte a Don Bosco por su celo en sostener la fe y desenmascarar los errores de los protestantes. Y otros periódicos liberales, disparatando en cosas de religión, para burlarse impunemente de Don Bosco, lo señalaban con el nombre de Don Bosio.

El *Gris*, como hemos dicho más arriba, fue tema de muchas indagaciones y discusiones, dejando en el aire algo de curiosidad y de sobrenatural; nadie pudo saber jamás adónde se iba una vez cumplida su misión. Don Bosco decía: De cuando en cuando me venía el pensamiento de buscar el origen de aquel perro y a quién pertenecía, pero después pensaba: No me importa de quién sea con tal de que se porte conmigo como un buen amigo. No sé nada más, sino que aquel animal fue para mí una

verdadera providencia, en los muchos peligros en los que me encontré”⁴⁹.

* * * * *

“El 31 de agosto de 1844 una rica señora, esposa del embajador de Portugal, debía trasladarse de Turín a Chieri para despachar algunos asuntos. Como era persona católica, quiso antes arreglar las cosas del alma. Y fue por la mañana a la iglesia de San Francisco de Asís. No conocía a Don Bosco, ni Don Bosco se había encontrado jamás con ella, ni podía suponer quién era, puesto que vestía muy humildemente. No estaba el confesor ordinario de la señora. Esta vio arrodillado junto a otro confesionario a un sacerdote joven, que rezaba con aire recogido y devoto, y se sintió impulsada a confesarse con él. Don Bosco la escuchó, y le impuso la penitencia, consistente, a lo que parece, en hacer una pequeña limosna en determinadas circunstancias de aquel mismo día.

—Padre, no puedo cumplirla, observó la señora.

—¿Cómo es eso? ¿No puede, teniendo tanto dinero?

La señora quedó sorprendida al ver que Don Bosco había conocido su posición social, siendo así que estaba cierta de no haberse dado a conocer de ningún modo ni por ninguna otra circunstancia. Explicó su dificultad diciendo:

—Padre, no puedo cumplir esa penitencia, porque hoy debo salir de Turín.

—Bien, entonces cumpla esta otra: pida a su ángel custodio, rezándole tres veces el *Ángel de Dios* que le asista, la preserve de todo mal, para que no se asuste de lo que hoy va a sucederle.

La señora quedó todavía más sorprendida por estas palabras, recibió muy de buen grado la recomendación, y al llegar a su casa, rezó la oración juntamente con las personas de servicio, poniendo en manos de su ángel de la guarda el feliz éxito del viaje.

Subió al carruaje con su hija y una camarera. Y después de un largo trecho de camino, recorrido a toda velocidad, de improviso se espantan los caballos y se lanzan a una carrera vertigino-

⁴⁹ MB IV, cap. 60, pp. 543-549.

sa. Tira el cochero de las riendas, pero en vano; los caballos no sienten ya el freno. Gritan las señoras y se abre una portezuela del carruaje, topan las ruedas con un montón de grava, vuelca el carruaje, derriba a los viajeros, y se astilla la portezuela ya abierta. Cae el cochero del pescante, las viajeras corren peligro de quedar aplastadas, la señora es arrastrada con la cabeza por tierra y los caballos siguen corriendo precipitadamente.

Todo sucedió en menos que se cuenta. La señora, que ya no esperaba más socorro que el del ángel de la guarda, gritaba con todas sus fuerzas: *Ángel de Dios, que eres mi custodio...* Bastó esto para salvarlas.

De repente, los furiosos caballos se amansan y se paran. El cochero se levanta incólume y los alcanza. Acude la gente a socorrer a los caídos. La señora que, salió del coche con la hija sin saber cómo, está tranquila sin la menor señal de susto. Las dos componen sus persona lo mejor que pueden. Se miran la una a la otra y ven con asombro que no han recibido la menor lesión. Entonces, a una exclaman:

— *¡Viva Dios y viva el ángel custodio que nos ha salvado!*⁵⁰.

* * * * *

“Un día Don Bosco, a la puesta del sol, se encontró solo en mitad del camino en el valle entre Moriondo y Moncucco, en medio del bosque. No tardó en sorprenderle la noche oscura y nubosa, aunque sin lluvia. Debía atravesar lugares que, según se decía, estaban infestados de ladrones y cerca de granjas y viñas guardadas por terribles mastines. Para colmo, se salió del camino y no sabía por dónde iba. Era una marcha angustiosa, porque encontraba vallas y obstáculos que le obligaban a dar grandes rodeos. Empapado de sudor, llegó a los pies de una alta pendiente y comenzó a subirla. Paróse un momento a tomar aire.

— Oh, si tuviese aquí a mi *Gris*, pensó. ¡Qué bien me vendría! ¡Él me sacaría del apuro!

Un agudo ladrido sorprendió al siervo de Dios, luego otro y he aquí que en lo alto del ribazo apareció el perro, descendió

⁵⁰ MB II, cap. 18, p. 137.

hacia él, haciendo cabriolas y le acompañó durante todo el trayecto que faltaba, de casi tres kilómetros. Fue una verdadera fortuna para Don Bosco encontrarse aquella compañía; porque, al llegar a una granja, aparecieron de repente dos perrazos rabiosos que infundían pánico. El perro *Gris* se les echó encima y los obligó a retirarse tan maltrechos que, a sus aullidos que llenaban los aires, acudieron los mismos dueños para ver qué les pasaba a los pobres animales.

El *Gris* guió a su protegido directamente hasta la casa donde era esperado. Todos quedaron estupefactos al contemplar un perro tan hermoso y acosaban a Don Bosco, preguntándole dónde lo había adquirido. Al sentarse a cenar, dejaron que el *Gris* se pusiera a descansar en un rincón de la sala. Levantados los manteles, dijo el señor Moglia:

- Vamos a dar de comer al Gris. Y fue a echarle algo. Pero busca por aquí, busca por allá, llama que llamarás no fue posible encontrarlo. El perro había desaparecido y, desde entonces, nadie de aquellos alrededores supo nada de él. Don Bosco mismo contó este suceso unos años después con motivo de que, habiendo caído la conversación en el famoso Gris, le preguntaron si lo había visto después de 1855.
- Sí, dijo. Después de los primeros años me lo encontré varias veces más, cuando me hallaba, avanzada la noche, sin compañero”⁵¹.

* * * * *

“A fines de 1844, terminó Don Bosco de escribir un librito sobre la devoción al ángel de la guarda... Estaba tan persuadido de tenerlo a su lado que parecía lo viese con sus ojos. Lo saludaba varias veces al día con el *Ángel de Dios* y confiaba del todo en su protección.

Se encomendaba a sí mismo y le encomendaba a sus muchachos... Sabía infundir en sus jóvenes gran respeto y gran amor al ángel de la guarda. Con mucha frecuencia, entonaba él mismo el cántico sagrado al que había puesto música en honor del santo ángel y que cantaban los muchachos entusiasmados. Les decía:

⁵¹ MB VIII, cap. 41, pp. 417-418.

—Avivad vuestra fe en la presencia del ángel de la guarda, que está siempre con vosotros... Sed buenos para que esté contento vuestro ángel. En vuestras penas y desgracias, materiales o espirituales, acudid al ángel con plena confianza y él os ayudará. ¡Cuántos que estaban en pecado mortal, fueron librados de la muerte por su ángel para que tuvieran tiempo de confesarse bien! Acuérdate de que tienes un ángel por compañero, guardián y amigo. Si quieres complacer a Jesús y a María, sigue las inspiraciones de tu ángel de la guarda. Invoca a tu ángel en las tentaciones. Tiene él más ganas de ayudarte que tú de que te ayude. Sé valiente y reza. Pide a tu ángel que venga a consolarte y a asistirte en la hora de tu muerte.

Muchos jóvenes manifestaron más tarde a Don Rúa haber recibido favores extraordinarios y haberse visto libres de peligros gracias a esta devoción que les había inculcado Don Bosco...

Sucedió que uno de los alumnos trabajaba pocos días después de peón de albañil en la construcción de una casa. Iba y venía sobre el andamio para prestar sus servicios. De improviso, se rompen unos soportes, siente que los tablones, sobre los que se encontraba con otros dos compañeros, fallan bajo sus pies. Se da cuenta, al crujir el andamiaje, que no es posible ponerse a salvo. El andamio se desarma y entre tablones, piedras y ladrillos, cae desde el cuarto piso a la calle.

Caer desde aquella altura y morir al golpe era lo mismo. Pero nuestro buen joven, se acordó de las palabras de Don Bosco e invocó con toda su alma al ángel de la guarda:

—*Ángel mío, ayúdame.*

Y el ángel lo ayudó. ¡Algo admirable! Cuando acudió la gente, creyéndole muerto, se puso en pie, totalmente sano y sin el menor rasguño. Más bien, volvió a subir a lo alto de donde había caído para ayudar en el trabajo de reparación. Al domingo siguiente, contaba a sus compañeros asombrados lo que le había sucedido, dando fe de que la promesa de Don Bosco se había cumplido. Los muchachos aumentaron su devoción al ángel de la guarda, lo que produjo muchos y saludables efectos en sus almas.

Este hecho singular sugirió a Don Bosco escribir el librito *El devoto del ángel custodio*⁵².

DONES SOBRENATURALES

a) Conocimiento Sobrenatural

Don Bosco conocía y veía claramente las cosas ocultas o lejanas. Un día (escribe José Brosio), había yo hecho una obra de caridad, que me había costado un gran sacrificio, y esto nadie lo sabía. Apenas llegué al Oratorio y Don Bosco me oyó, vino a mi encuentro y tomándome por la mano me dijo: ¡Oh qué bella corona te has ganado para el paraíso con aquel sacrificio que has hecho!

—¿Y qué sacrificio he hecho yo? Y Don Bosco me explicó todo, punto por punto, lo que había practicado en secreto.

Una noche estando en el refectorio (comedor) del Colegio de Lanzo se volvió de improviso al Director y le dijo: En este momento hay dos jóvenes cerca del pilón que hablan de cosas malas. Se indagó y se averiguó que era verdad.

En 1883 una joven de 19 años, que seguidamente entró en las Hermanitas de la Asunción, se encontró en Amiens con el santo.

—Hija mía, usted tiene espíritu de prudencia, procure conservarlo y que Dios la proteja. Todavía tendrá que esperar mucho tiempo, pero entrará en una Congregación que se ha fundado cuando usted nació...

Después de esta promesa (escribe ella) he tenido que esperar todavía doce años antes de poder seguir mi vocación, hasta que en 1896 ingresé en las Hermanitas de la Asunción. Solamente por haber leído una Memoria compendiada por nuestro Padre el P. Pernet, que apareció en 1900, supe de un modo preciso que esta obra había empezado en mayo de 1864. Yo también nací el 15 de mayo de 1864. Don Bosco nunca me había conocido ni visto. No pudo, por consiguiente, saber cuándo

⁵² MB II, cap. 28, pp.204-207.

vine al mundo, si no hubiera sido por una luz sobrenatural; sin este auxilio, no habría podido precisar la fecha de mi nacimiento, aproximándola con tanta exactitud a la fundación de la Congregación de las Hermanitas.

Ya hemos indicado varias veces que veía desde lejos lo que ocurría en el Oratorio. El hecho se repitió con frecuencia. Desde el santuario de San Ignacio sobre Lanzo, desde Roma o desde el extranjero escribía a los alumnos del Oratorio, y desde éste y de otras partes a los de otros colegios todo lo bueno y malo que veía entre ellos en misteriosas visitas.

Leía, habitualmente, en lo íntimo de las conciencias. Desde 1848, corría la voz en el Oratorio que, confesando, descubría a los penitentes los pecados que habían olvidado, o no se habían atrevido a confesar. En estos casos solía decir: *¿Y de este pecado, no te acusas? ¿Y de este otro, no te acuerdas?* Pero lo más maravilloso era que al descubrir a un joven su pecado añadía todas sus circunstancias: *Tú en aquel año, en tal ocasión, en aquel lugar has hecho esto y aquello...* y precisaba con exactitud la calidad y el número de las culpas⁵³.

Juan Turchi escribió en 1861:

“Durante los diez años que estuve en el Oratorio oí decir mil veces a Don Bosco: Presentadme un muchacho a quien yo nunca haya conocido en modo alguno y mirándole a la frente le revelaré sus pecados, comenzando a enumerar los de su niñez.

A veces añadía: Al confesar veo a menudo las conciencias de los muchachos abiertas ante mí como un libro en el que puedo leer.

Esto sucede especialmente con ocasión de fiestas y de ejercicios espirituales. Dichosos los que entonces se aprovechan de mis avisos, especialmente en el sacramento de la penitencia. Pero en otras ocasiones no veo nada. Este fenómeno se repite a intervalos más o menos largos.

Es decir, siempre que lo exigía la salvación de las almas.

⁵³ Lemoyne, o.c., pp. 468-469.

Él veía las conciencias de sus muchachos sin velo alguno como en un espejo; estoy seguro de ello y he visto repetirse el hecho cientos de veces.

Esto es lo que los alumnos llamaban leer en la frente. No quiero pronunciar juicios de ninguna clase, me basta contar las cosas tal como yo las sé y conmigo todos los alumnos del Oratorio.

Estaba tan arraigada en todos la persuasión de que Don Bosco leía en la conciencia, no sólo los pecados externos, sino hasta los pensamientos más recónditos, que la mayor parte de ellos se confesaba más a gusto con él que con los otros sacerdotes. Y decían:

—Yendo con Don Bosco estamos más seguros de hacer buenas confesiones y comuniones porque, si acaso nos olvidásemos de algún pecado, él nos lo recordaría.

Por eso, siempre había una gran muchedumbre rodeando su confesionario.

Cierto día, una persona muy celosa y prudente, al ver tanta afluencia, dijo a Don Bosco que él debería abstenerse de confesar a sus alumnos, pues era fácil que, por temor o por vergüenza, callaran los pecados. Contestóle Don Bosco ingenuamente:

—¡No faltaba más que yo se los dejara callar!

Y esta era la convicción general de todos los alumnos a quienes cientos de veces se les oyó exclamar:

—Es inútil callar o esconder los pecados a Don Bosco, porque los conoce lo mismo.

En efecto, son innumerables los que todavía, al día de hoy, afirman que les sucedió varias veces experimentar en la confesión cómo descubría y enumeraba sus pecados uno tras otro de manera tan clara, como si los tuviera ante sus ojos escritos en un cuaderno”.

Pero no acaban aquí las maravillas. Sigue afirmando don Juan Turchi:

“He conocido a muchos jóvenes que me dijeron: Fui a confesarme con Don Bosco, el cual me preguntó: ¿Quieres

hablar tú o quieres que hable yo? Le dejé hablar y me fue diciendo, uno tras otro, los pecados que había cometido. Yo no tenía más que contestar sí, sí; más aun, algunas cosas que ya se habían borrado de mi mente, me las recordó sin equivocarse nada.

No es para dicho cuánto satisfacía este método de confesar a aquellos pequeños penitentes, que querían hacer confesión general y se encontraban en apuro para encontrar el cabo de su madeja enmarañada. Acudían a Don Bosco y le decían: *¡Hable usted!* Y Don Bosco descubría rápidamente, con orden y punto por punto, su historia secreta; no tenían más que responder afirmativamente para acusarse.

En consecuencia, cuando se hallaban con una tentación, o preocupados por cualquier otra pena del espíritu, desconfiando de sí mismos, iban, después de las oraciones de la noche, a ponerse delante de Don Bosco y le miraban a la cara sin proferir palabra, para así llamar su atención de modo que pudiera fijar sus ojos en ellos. Si no les decía nada, ellos, seguros de que había leído en sus corazones y de que no tenían ni sombra de pecado, se retiraban a descansar tranquilos.

Frecuentemente, si Don Bosco los veía por el día ponerse delante, los tranquilizaba con un sencillo ademán de mano o de cabeza, con una simple mirada o una palabra, sin que ellos dijieran nada. Los muchachos sentían que se desvanecía su pena interior y, si antes estaban tristes, se les veía marchar serenos y sonrientes, como cuando el sol ahuyenta la oscuridad con su luz.

Un clérigo estaba atormentado por los escrúpulos, dudando, si podía o no comulgar; le parecía por un lado que podía acercarse a la mesa eucarística y, por otro, temía cometer un sacrilegio. Esperaba una noche su turno para confesarse con Don Bosco en el coro de la iglesia de San Francisco de Sales. Como no había más luz que la de la lámpara, quedaba el coro envuelto en la penumbra. Con ella era ciertamente imposible que Don Bosco distinguiera, ni aún a corta distancia, a ninguno de los numerosos muchachos arrodillados en su derredor. El clérigo, angustiado por su pesar interior, no podía aguantar pensando en su confesión, cuando he aquí que de repente se le ocurrió una idea: ¡Cuánto

me alegraría que Don Bosco leyera en mi corazón y me llamara antes de confesarme, me dijera que estuviese tranquilo y me mandara comulgar mañana sin confesarme! ¡Sería una señal segura de que las cosas de mi alma marchan bien! Yo no me preocuparía de mis inquietudes y quedaría curado.

Seguía arrodillado ante el confesionario y todavía no le llegaba su vez; pero, apenas terminó este soliloquio interior, sintió que una mano tocaba suavemente su hombro, se levantó y oyó la voz de Don Bosco que le susurró al oído, como respondiendo a su pensamiento: Vete en hora buena a comulgar mañana por la mañana, sin confesarte, y queda tranquilo.

El clérigo obedeció y desde aquel día, no padeció más de escrúpulos.

Pero no sólo durante el 1861 sucedieron maravillas parecidas a éstas; toda su vida estuvo entretejida de hechos prodigiosos semejantes. Don Joaquín Berto escribió la siguiente página:

Vi muchas veces a muchachos que llevaban horas aguardando turno para confesarse con Don Bosco; les parecía tener muy embrollada la conciencia: pero él llamaba a intervalos junto a él, ora a uno, ora a otro y les decía al oído: *Vete tranquilo a comulgar.*

Como todos sabíamos por experiencia que él poseía luces sobrenaturales, obedecían ciegamente a una señal o a una palabra suya. De esta manera, lograba librar de escrúpulos a muchos jovencitos. Si a lo largo del día se encontraba con alguno de ellos, le decía al oído:

—Te mandé esta mañana a comulgar sin confesarte, porque vi que tu conciencia estaba limpia. O bien: Lo que querías confesar no es pecado.

Yo mismo soy testigo personal de estos hechos, pues los he experimentado varias veces y los oí contar a algunos compañeros míos, cuyo nombre callo por prudencia”⁵⁴.

b) Resplandores Sobrenaturales

⁵⁴ MB VI, cap. 32, pp. 344-347.

En agosto de 1887, Sor Felisa Torretta, hija de María Auxiliadora, fue a visitar a Don Bosco a su casa para recibir su bendición. Dice: “Eran las primeras horas de la tarde, a eso de las dos, cuando me dirigí a la antesala para ser recibida, pero su secretario estaba ausente, así que me acerco al Despacho de Don Bosco y lo veo extático. Su semblante transfigurado por viva y blanca luz tenía una expresión indescriptible. Su fisionomía, su sonrisa suave y tranquila, sus brazos abiertos hacia el objeto que miraba a lo alto, sus inclinaciones afirmativas de cabeza, me hicieron comprender que se desarrollaba un coloquio entre él y algún ser sobrenatural. Más alta que lo acostumbrado, toda su persona estaba arrebatada en Dios... Me quedo contemplándolo cerca de diez minutos hasta que terminó el coloquio con la señal de la cruz acompañada de una inclinación tan reverente que mi pluma no es capaz de reproducir... Al verme me dice: Sor Felisa me ha asustado usted... Hay que decir que, en aquel tiempo, Don Bosco no podía tenerse de pie si alguien no lo sostenía y, en aquel coloquio celestial, se le vio del todo diferente.

Otra vez, vieron su cara tan luminosa que parecía en posesión de la gloria celestial. Así apareció a uno de nuestros hermanos una mañana que entraba a la sacristía de María Auxiliadora para celebrar la misa. Era tan majestuoso su aspecto y tan viva la luz que irradiaba su semblante que, a primera vista, no lo reconocí y sólo vi que era Don Bosco, cuando acabado el resplandor, se arrodilló para comenzar la misa. Otra vez predicaba sobre la virginidad de Nuestra Señora y ocurrió un fenómeno semejante. Se inflamó tanto en el desarrollo del tema que su cara se volvió tan resplandeciente como si fuese la llama de una lámpara. Y esto lo he visto yo, escribe José Brosio”⁵⁵.

Don Lemoyne, que narra este hecho en el IV volumen de las Memorias biográficas añade: Diremos a su debido tiempo cómo en otra ocasión fuimos también nosotros testigos de semejante maravilla. La cosa ocurrió así: En sus últimos años, Don Bosco tenía los ojos tan cansados que los médicos le prohibieron trabajar a la luz de gas o de la lámpara y le ordenaron que, para su descanso, quedase en la oscuridad. En aquellas horas daba alguna audiencia o rezaba; y cada tarde, durante una hora ente-

⁵⁵ Lemoyne, o.c., pp. 473-474.

ra, recibía a Don Lemoyne que le hacía compañía y la aprovechaba para recoger de sus labios todas las palabras y todos los recuerdos que ilustraban su vida y sus obras. Ocurrió una tarde que el santo, al corresponder a su saludo, sólo le dijo estas palabras: Tú tendrás una larga vida, y Don Lemoyne, sentado en el mismo sofá, se quedó a su lado, inmóvil y en silencio hasta que un hecho maravilloso lo sobresaltó: la cara de Don Bosco fue iluminándose gradualmente hasta adquirir una transparencia luminosa. Turbado, se levantó y fue a la ventana para ver si había en el patio alguna luz que proyectase sus rayos en la cara del santo. Nada. Este hecho se repitió por tres veces consecutivas. La transparencia comenzaba poco a poco, y crecía tanto que le ponía la cara resplandeciente con una luz fuerte y suave; y disminuyendo poco a poco, desaparecía. Don Bosco aquella noche, dijo él mismo a Don Lemoyne, tuvo un sueño en el cual visitó las casas salesianas de Europa y de América”⁵⁶.

c) Apariciones

1. APARICIÓN DE SU MADRE

Después de morir su madre, “en el mes de agosto de 1860, se le apareció cerca del santuario de Nuestra Señora de la Consolación, a lo largo de la cerca del convento de Santa Ana, en la misma esquina de la calle, mientras él volvía de San Francisco de Asís al Oratorio. Su aspecto era bellísimo.

—¿Pero cómo? ¿Usted aquí? ¿No ha muerto?

—He muerto, pero vivo, replicó Margarita.

—¿Y es usted feliz?

—Felicísima.

Don Bosco, después de algunas otras cosas, le preguntó, si había ido al paraíso inmediatamente después de su muerte. Margarita respondió que no. Luego quiso que le dijese si en el paraíso estaban algunos jóvenes cuyos nombres le indicó, respondiendo Margarita afirmativamente.

⁵⁶ Lemoyne, o.c., p. 474.

—Y ahora dígame, continuó Don Bosco, ¿qué es lo que se goza en el paraíso?

—Aunque te lo dijese no lo comprenderías.

—Déme al menos una prueba de su felicidad; hágame siquiera saborear una gota de ella.

Entonces, vio a su madre toda resplandeciente, adornada con una preciosa vestidura, con un aspecto de maravillosa majestad y seguida de un coro numeroso. Margarita comenzó a cantar. Su canto de amor a Dios, de una inefable dulzura, inundaba el corazón de dicha, elevándolo nuevamente a las alturas. Era una armonía expresada como por millares y millares de voces que hiciesen incontables modulaciones, desde las más graves y profundas, hasta las más altas y agudas, con variedad de tonalidades y vibraciones, unas fuertes, otras casi imperceptibles, combinadas con arte y delicadeza tales, que lograban formar un conjunto maravilloso.

Don Bosco, al percibir aquellas finísimas melodías, quedó tan embelesado que le pareció estar fuera de sí, y ya no supo qué decir ni qué preguntar a su madre.

Cuando hubo terminado el canto, Margarita se volvió a su hijo diciéndole:

— *Te espero, porque nosotros dos hemos de estar siempre juntos*⁵⁷.

2. APARICIÓN DE LUIS COMOLLO

“Era la noche del tres al cuatro de abril de 1839, la noche siguiente al día del entierro (de Luis Comollo), y yo descansaba, juntamente con otros veinte alumnos del curso teológico en el dormitorio que da al patio por el lado de mediodía. Estaba en la cama, pero no dormía. Pensaba precisamente en la promesa que nos habíamos hecho (de que el primero que muriere se aparecería al otro); y como si adivinara lo que iba a ocurrir, era presa de un miedo terrible. Cuando he aquí que, al filo de la medianoche, oyóse un sordo rumor en el fondo del corredor; rumor que se hacía más sensible, más sombrío, más agudo a medida que avanzaba. Semejaba el ruido de un gran carro con

⁵⁷ MB V, cap. 45, pp. 403-404.

muchos caballos, o de un tren en marcha, o como del disparo de cañones. No sé expresarlo, sino diciendo que formaba un conjunto de ruidos tan violentos y daba un miedo tan grande que cortaba el habla a quien lo percibía. Al acercarse a la puerta del dormitorio, dejaba tras de sí en sonora vibración las paredes, las bóvedas y el pavimento del corredor, hasta el punto de que parecía estar hecho todo con planchas de hierro, sacudidas por potentísimos brazos. No podía apreciarse a qué distancia avanzaba aquello; se producía una incertidumbre como la que deja una locomotora, cuyo punto de recorrido no se puede conocer, si se juzga solamente por el humo que se eleva por los aires.

Los seminaristas de aquel dormitorio se despiertan, mas ninguno puede articular palabra. Yo estaba petrificado por el miedo. El ruido iba acercándose, cada vez más espantoso. Ya se le siente junto al dormitorio. Se abre la puerta, ella sola, con violencia. Sigue más fuerte el fragor sin que nada se vea, salvo una lucecita de varios colores que parece el regulador del sonido. De repente se hace silencio. Brilla la luz vivamente, y se oye con toda claridad la voz de Comollo, más débil que cuando vivía, que, por tres veces consecutivas, dice: *¡Bosco! ¡Bosco! ¡Me he salvado!*

En aquel momento el dormitorio se iluminó más, se oyó de nuevo con mucha más violencia el rumor que había cesado, como un trueno que hundiera la casa, pero cesó enseguida y todo quedó a oscuras. Los compañeros, saltando de la cama, huyeron sin saber adónde; algunos se refugiaron en un rincón del dormitorio; otros se apretaron alrededor del prefecto del dormitorio, don José Fiorito, de Rívoli; y así pasaron el resto de la noche, esperando ansiosamente la luz del día. Todos habían oído el rumor. Algunos percibieron la voz, sin entender lo que decía. Se preguntaban unos a otros qué significaban aquel rumor y aquella voz, y yo, sentado en mi cama, les decía que se tranquilizaran, asegurándoles que había oído claramente las palabras: *Me he salvado*.

Yo sufrí mucho. Fue tal el terror que sentí, que hubiese preferido morir en aquellos momentos. Es la primera vez que recuerdo haber tenido miedo. Por todo ello contraí una

enfermedad, que me llevó al borde del sepulcro; quedó tan mal parada mi salud, que no la recuperé hasta muchos años después”⁵⁸.

El mismo Don Bosco aseguró que el cambio de vida en los seminaristas a raíz de este suceso fue radical. Dios lo permitió para bien de todos.

3. APARICIÓN DE DON BOSCO

“Rosa, la hija de los condes de Cravosio, que tantas veces lo había visto en su casa, se había hecho religiosa dominica en Mondovi-Carassone, cambiando su nombre de pila por el de Filomena. Era la Superiora de la casa de Garesio; durante la enfermedad de Don Bosco sufría mucho con ciertas penas espirituales y algunas incomodidades físicas; por eso había escrito a su madre, rogándole que fuera a pedir a Don Bosco una bendición para ella. Mas, por obvias razones, no había recibido ninguna respuesta. Pues bien, el 31 de enero de 1888 (día de la muerte de Don Bosco), antes de que amaneciera, y después de haber pasado la noche sin descanso, se adormeció ligeramente y he aquí que se le apareció Don Bosco a los pies de su cama, con la manteleta de costumbre recogida sobre el brazo, con el sombrero en la mano derecha y con aspecto juvenil, alegre y animado, como cuando solía verlo en casa de sus padres, siendo niña. Y le dijo:

- Cuando yo estaba en este mundo, era muy poco lo que podía hacer por usted y su familia; pero ahora, que estoy en el cielo, puedo hacer mucho más y quiero hacer lo que entonces no pude, porque tenía que preocuparme de mis muchachos y de mis casas.
- Obténgame de Dios salud y fuerza y verme libre de las angustias del corazón para que pueda correr por el camino del Señor y hacer el bien, como usted ha hecho, y llegar yo también al cielo.
- Pero ¿no ve que está muy bien y que su corazón está lleno de buena voluntad? Levántese, Dios está con usted.

⁵⁸ MB I, cap. 52, pp. 378-379.

A estas palabras se despertó. No le quedaba ni sombra de malestar y las tristes preocupaciones de su corazón habían cambiado por una gran confianza en Dios. Loca de alegría y llena de agradecimiento se levantó y sólo entonces se dio cuenta de que no había soñado.

Maravilláronse las hermanas al verla con ellas; y apenas terminaron sus prácticas religiosas la rodearon, haciéndole mil preguntas de cómo había podido levantarse y había tenido fuerzas para ir a la iglesia y cómo se encontraba en aquel momento...

Con la mayor naturalidad les contó la aparición de Don Bosco. Al oír que Don Bosco ya no estaba en este mundo, las monjas empezaron a desconfiar porque las últimas noticias que habían recibido eran contrarias, pues hablaban de una mejoría. Pero, poco después, supieron que Don Bosco había muerto, precisamente aquella mañana a las cuatro y tres cuartos.

Algo parecido ocurrió en Francia. El abate Tropheine, párroco de Sénas en la diócesis de Arrás, sostenía correspondencia epistolar con Don Bosco. En su última carta le suplicaba humildemente que obtuviese con sus oraciones la conversión del Rector de la Academia de Aix, que estaba enfermo. Deploraban los buenos que un hombre de tanta autoridad, tan cerca de su muerte, se negara a recibir los sacramentos, con lo que después vendría el escándalo de un entierro civil. Don Bosco hizo que le respondieran: *Apreciado señor Abate, tenga confianza. Dentro de tres días obtendrá la gracia deseada.* En la mañana del día señalado, muy temprano, vio el párroco que su habitación se inundaba de repente de luz y, envuelto en un globo de fuego, descubrió a Don Bosco que le bendecía y le decía: *Vous êtes exaucé* (Habéis sido escuchado). Dos días después, los periódicos llevaban la noticia de su muerte con la fecha y la hora. Al mismo tiempo, recibía una carta en la que se le informaba que efectivamente las plegarias habían surtido pleno efecto. El día y el momento de la aparición se comprobó que correspondían con las cuatro y tres cuartos del día treinta y uno de enero⁵⁹.

⁵⁹ MB XVIII, cap. 29, pp. 510-511.

d) Bilocación

“El 14 de octubre de 1878, estando físicamente en Turín, visitó en St. Rambert d’Albon, en Francia, a la señora Adele Clement y a su esposo, quedándose al almuerzo con ellos y asegurándoles la curación de su hijo ciego, sordo y mudo, como ocurrió de inmediato”⁶⁰.

Otro caso. “Era la noche antes de la fiesta de san Francisco de Sales de 1886, cuando el sacerdote Juan Branda, director de aquella casa (Sarriá-Barcelona) sintió que lo llamaban. Se despertó y oyó clara y distinta la voz de Don Bosco... Por la mañana, recordó la voz que había oído, pero no se preocupó. En la noche del 5 al 6 de febrero, siente que lo llaman en lo mejor del sueño: Era también la voz de Don Bosco. Ya despierto, vio la habitación iluminada como en pleno día y, además, delineado en las cortinas corridas de su cama, el perfil de un sacerdote que le pareció realmente Don Bosco... Don Branda se levantó, le tomó la mano y se la besó. Don Bosco le dijo: *Tu casa va bastante bien, estoy satisfecho de todo lo que haces, pero...*

Y entonces se dibujaron allí delante las caras de cuatro asilados del Instituto. Señalando al primero, Don Bosco le dijo que convenía que observase mejor conducta; de los otros intimó la expulsión. Le dijo: *Obra enérgicamente, quítalos de en medio cuando antes sin consideración alguna*. Al pronunciar estas palabras, su cara se mostraba descompuesta por el enojo. Después de esto, a una señal suya, dice Don Branda, salimos los dos de la habitación, abriéndole yo la puerta y siguiéndole. Visitamos los dos dormitorios... Durante el trayecto, las escaleras y los dormitorios se llenaron de luz como si fuera de día. Don Bosco andaba con paso franco y algo más acelerado de lo ordinario hasta que desapareció.

Entonces, cesaron las luces y Don Branda se acercó a tientas a la puerta, se fue a su mesa, trató de encender la luz, dirigió la mirada alrededor y se vio solo: miró el reloj y faltaban dos horas para levantarse. ¿Qué hacer? Levantada la Comunidad, bajó a la capilla y presa de fuerte emoción celebró la santa misa. Lo turbaba el pensamiento de tener que despedir, sobre

⁶⁰ MB XIV, cap. 29, pp. 580-582.

todo, a uno de los ya indicados; no sabía cómo hacerlo ni con qué razones convencerle de su mal proceder. Dejó pasar aquel día sin decir nada y otro más, hasta que recibió una carta de Don Rúa, el cual le decía que Don Bosco, paseando por los pórticos, les había contado que había hecho una visita a Don Branda, mientras dormía, pero que se diese por advertido de cumplir las órdenes recibidas.

Al día siguiente, Don Branda fue a celebrar la misa a casa de Doña Dorotea de Chopitea, la madre de los salesianos de Barcelona. Al comenzar la misa e inclinarse a besar el altar, oyó resonar de manera misteriosa y apremiante la voz: *Si no haces lo que te ha ordenado Don Bosco, ésta será la última misa que celebres*. De vuelta a casa, se interrogó separadamente a los indicados y se encontró ser exacto, hasta en sus más pequeños detalles particulares, lo que había dicho Don Bosco; y ¡cosa singular!, los culpables adoptaron la misma actitud en que Don Branda los había visto la noche de la visita”⁶¹.

El año 1862, “fue Don Bosco a San Ignacio para los ejercicios espirituales. En aquellos días hubo tres muchachos que salieron a escondidas del Oratorio para ir a bañarse en el río Dora, y he aquí que una mano misteriosa les golpeó repetidas veces en la espalda; se asustaron, salieron del agua, volvieron al Oratorio y contaron a los compañeros lo sucedido, con lo que quedó confirmado un aviso que Don Bosco había mandado. Don Luis Rocca, ecónomo general de la Pía Sociedad, que estudiaba aquel año el quinto curso, nos afirmaba muchas veces que todos los alumnos eran sabedores de aquel hecho y que él conocía a los que habían sido golpeados”⁶².

“El año de 1863 se renovó el hecho misterioso e inexplicable, mientras Don Bosco hacía los ejercicios espirituales en San Ignacio.

Diríase, escribió don Miguel Rúa, que Don Bosco tuvo más de una vez el don de la bilocación. El domingo, dos muchachos del Oratorio se marcharon a escondidas, durante el tiempo de la plática, a bañarse en el Dora, cerca de la forja de armas.

⁶¹ Lemoyne, o.c., pp. 550-552.

⁶² MB IX, cap. 53, p. 602.

Quitáronse la ropa y, después de chapotear en la poca agua corriente, se echaron sobre la arena. De repente, sintieron sobre la espalda los golpes de una mano pesada que les dejó señalados los dedos en la piel. Miraron alrededor y no vieron a nadie, sintieron arder las espaldas con vivo dolor, se acordaron, aunque demasiado tarde, de lo ocurrido el año anterior por aquellos lugares a tres de sus compañeros y gritaron los dos:

— ¡Es Don Bosco!

Se vistieron enseguida y regresaron corriendo al Oratorio, creyéndose perseguidos. Llegaron a casa pálidos como la muerte; entraron con precaución por la puerta de la iglesia y fueron a esconderse en un dormitorio.

A la mañana siguiente, nos contó don Francisco Dalmazzo, llegó desde San Ignacio una cartita de Don Bosco dirigida a don Víctor Alasonatti:

He visto en este instante a los jóvenes Bastia y Vezzetti, escapándose hoy domingo del Oratorio para ir a bañarse en el río Dora. Oí allí que comenzaban conversaciones poco convenientes y les di un recuerdo que deberá durar un rato. Usted, señor Prefecto, llámeles y pregúnteles si no han sentido o recibido nada mientras estaban a orillas del río.

Don Víctor Alasonatti, con la carta en la mano, fue en busca de los dos culpables y se la leyó:

—Don Bosco me ha escrito, les dijo, ¡la habéis hecho buena! ¿Habéis sentido en el Dora algo que os hizo poca gracia?

Los dos jóvenes confesaron que todavía les dolían las espaldas. También el clérigo Bonetti les preguntó e igualmente se convenció de que Don Bosco había escrito la verdad. También le confirmaron las *caricias* recibidas a Pedro Enría, que los conocía personalmente.

Don Víctor Alasonatti dijo a Vezzetti:

—Prepara la maleta y vete a tu casa.

Cuando el joven bajaba las escaleras de la Prefectura se encontró con el joven Fiocchi, muy amigo suyo por ser del mismo pueblo, y le contó su caso; después le preguntó cómo Don Bosco

había conocido su escapada, cuando era imposible de todas las maneras que le llegase la menor noticia del Oratorio.

Y le añadió:

—¿Sabes?... Me dieron en la espalda, sin que yo viera a nadie, tres golpes; y el tercero fue verdaderamente terrible y doloroso.

Los dos jóvenes, no obstante, fueron readmitidos y entraron en razón.

Yo fui testigo del caso narrado, escribió don Francisco Dalmazzo. Recuerdo también, como confirmación de estos hechos, que Don Bosco preguntó una vez a un joven:

—¿No te acuerdas de la bofetada de mano invisible que recibiste?

El muchacho confesó que sí, sorprendido de que Don Bosco lo supiese y agregó:

—¿Y qué hacías en aquel momento?

Como el joven se pusiera rojo como una brasa, Don Bosco lo tomó aparte y le dijo una palabrita al oído⁶³.

Según parece, Don Bosco viajaba a distintos lugares del mundo en bilocación. El año 1881 “en la llamada campaña contra los Krumirs de Argelia, dos hijos del señor Olive militaban en las tropas de operación. La madre escribió a Don Bosco y éste contestó que ninguno de los dos moriría en aquella guerra. Pero, habiéndose declarado entre los soldados una epidemia mortífera, uno de ellos, atacado por la fiebre tifoidea, sucumbió. La madre volvió a escribir recordando a Don Bosco su profecía. Éste contestó que él había visitado entonces los campos de batalla y, como no había visto a sus hijos entre los cadáveres, por eso había dicho que no morirían en la guerra. En cuanto al segundo, víctima también del mismo mal, aseguró que, cuando él volviese a Marsella y se sentara a la mesa con la familia Olive, aquel hijo sería el rey de la fiesta y se sentaría en el puesto de honor. Y así fue, afirma Lemoyne, que oyó al padre contar el hecho⁶⁴.

⁶³ MB VII, cap. 47, pp.415-417.

⁶⁴ MB XVI, cap.2, p. 55.

e) Milagros

1. CURACIONES

Relata don Francisco Dalmazzo, “que con la bendición de María Auxiliadora, devolvió Don Bosco la salud a una señora. A poco encontróse ella con unos conocidos suyos que eran protestantes, y, al preguntarle cómo había salido de la grave enfermedad tan de repente, contó lo que le había sucedido. Ellos, que tenían una hija muy enferma, sin cuidarse de prejuicios religiosos, decidieron llevarla a Don Bosco. El santo la bendijo y la muchacha curó. Su madre, llena de satisfacción, iba diciendo:

—*¡Esta es la equivocación de nosotros, los protestantes, no honrar a María!*

En 1885, recibió Don Bosco una carta de aquella familia, comunicándole la conversión de todos sus miembros al catolicismo.

Otro día, mientras celebraba la santa misa en nuestra antigua iglesia de la calle Vicenza, entró un señor, enfermo de las piernas hacía dieciocho años, que apenas se sostenía con unas muletas, y rogaba a don Francisco Dalmazzo que lo presentara al siervo de Dios; pero don Francisco, que tenía que volver a casa para preparar el desayuno a Don Bosco, se lo confió al clérigo Zucchini. Este lo acompañó a su presencia, después de la misa. Con toda humildad, el buen señor le pidió la bendición. Don Bosco le hizo unas preguntas y, vista su viva fe, lo bendijo, le quitó de sus manos las muletas y le dijo:

—¡Camine!

El cojo empezó a andar sin la menor dificultad y salió con las muletas bajo el brazo, diciendo que las quería conservar como recuerdo”⁶⁵.

Santiago Costamagna, siendo ya sacerdote y misionero, envió desde Buenos Aires, el 5 de noviembre de 1888, el relato siguiente:

“Era el 3 de mayo de 1867. Don Bosco fue a mi pueblo natal de Caramagna; allí predicó un magnífico sermón acerca de la

⁶⁵ MB XV, cap. 4, pp. 148-149.

Invención de la Santa Cruz en la iglesia que lleva su título. Se dignó aceptar una comida en la humilde casa de mi madre. Don Bosco había ido varias veces antes a Caramagna; ésta fue la última. Después de la comida, el doble patio se llenó de gente pidiendo la bendición del hombre de Dios. Don Bosco bajó gustosamente acompañado por mi hermano Luis y conmigo.

La primera persona que se presentó a Don Bosco fue una pobre mujer, ya avanzada en años, muy derrengada y que se arrastraba sobre dos muletas. Había oído hablar de la eficacia de las bendiciones de Don Bosco y esperaba. Entonces, abrí mis ojos para observar a la distancia de apenas un metro la escena que empezaba, y fui testigo de este diálogo, seguido de un milagro. Don Bosco empezó diciendo:

—¿Qué quiere, buena mujer?

—¡Don Bosco! ¡Tenga compasión de mí! ¡Déme su bendición!

—De todo corazón; pero ¿tiene usted fe en la Virgen?

—¡Sí, mucha!

—Entonces, continuó Don Bosco, récele y le concederá la gracia.

—Rece usted, que es un santo; yo no sé rezar bien.

—Tenemos que rezar los dos.

—Bien, haré como usted dice.

—Entonces, arrodílese.

—¡Don Bosco! Hace ya mucho tiempo que no puedo arrodillarme, tengo las piernas como muertas.

—No importa, ¡arrodílese!

Y la pobre mujer, queriendo obedecer, se apoyaba en las dos muletas e intentaba deslizarse sobre ellas hasta llegar al suelo; pero Don Bosco, quitándoselas de debajo de los brazos y de las manos, díjole resueltamente:

—Así no, así no...; arrodílese bien.

Reinaba entre el gentío un silencio sepulcral; no se oía respirar; ¡había más de seiscientas personas presentes! La mujer se arrodilló en el suelo como por ensalmo y decía llorando:

—Don Bosco, ¿cómo tengo que rezar?

—¡Diga conmigo, replicó Don Bosco, tres avemarías a la Virgen Auxiliadora!

Y, después de haber recitado juntos las tres avemarías, sin que nadie la ayudase, la mujer se levantó sin sentir los dolores que la atormentaban hacía años. Don Bosco, sonriendo santamente, púsole al hombro las muletas y le dijo:

—Ánimo, buena señora, ame siempre a María Auxiliadora.

La afortunada mujer se encaminó entre la muchedumbre a su casa, alabando y dando gracias a la Virgen y a su bienhechor. La gente, que hasta entonces había guardado silencio perfecto, prorrumpió en un prolongado ¡oh! de admiración y se abalanzó sobre Don Bosco, quien tuvo que seguir una hora bendiciendo y consolando a todos”⁶⁶.

2. LLUVIA ABUNDANTE

“Invitado Don Bosco por la noble casa De Maistre, fue en compañía de don Cagliero y don Rúa a predicar un triduo para la fiesta de la Asunción de María a Montemagno, en donde hacía tres meses que un cielo ardiente negaba la lluvia a los abrasados campos. En vano se habían hecho rogativas públicas y privadas. La primera tarde que Don Bosco subió al púlpito hizo la siguiente promesa, que debió serle inspirada por el cielo, porque, no obstante su excelente memoria, no se acordó de haberla hecho.

—Si vienen a los sermones en estos tres días y se reconcilian con Dios por medio de una buena confesión; y si se preparan todos de modo que el día de la fiesta haya una comunión general, les prometo en nombre de la Virgen que una lluvia abundante regará sus campos.

El pueblo asedió los confesionarios aquellos tres días. El día de la fiesta de la Asunción hubo una comunión tan numerosa como no se había conocido desde mucho tiempo atrás. Es de notar que aquella mañana el cielo estaba despejadísimo. Don Bosco se sentó a comer con el marqués. Antes de que los convidados hubiesen terminado, se levantó y se retiró a su habitación. Las campanas tocaron a Vísperas y en la iglesia comenzó el canto de los salmos.

Acabado el *Magnificat*, Don Bosco sube lentamente al púlpito. La multitud, que ocupa por completo la iglesia, tiene los

⁶⁶ MB VIII, cap. 65, pp. 654-655.

ojos fijos en el santo. Se dice el *Ave María* y parece que la luz del sol se oscurece un poco. Después de algunos momentos se oye, prolongado, el ruido del trueno. Un murmullo de gozo corre por la iglesia. Don Bosco se detiene un instante; la lluvia continua y abundante golpea las vidrieras. La palabra que salió del corazón de Don Bosco, mientras predicaba, fue un himno de gratitud a María y de consuelo y alabanza a sus devotos. Lloraba, y con él lloraban los oyentes.

Después de la bendición, la gente se detuvo bajo el pórtico de la iglesia, porque la lluvia continuaba cayendo copiosamente. Todos reconocieron el prodigio, aún mayor, porque, mientras en las cercanías cayó una granizada tan terrible que destrozó las cosechas, en Montemagno no se vio un solo granizo”⁶⁷.

3. MULTIPLICACIÓN DEL PAN

Relata Francisco Dalmazzo: “Después de la misa se repartía un panecillo para el desayuno a cada uno de los alumnos. Mientras yo aguardaba la vez para confesarme, y se leían en la iglesia los puntos de la meditación, he aquí que llegaron dos mozos, encargados de repartir el pan, los cuales dijeron a Don Bosco:

- No se puede dar el desayuno, porque no hay pan en casa.
- ¿Y con eso qué?, respondió Don Bosco; ¿qué queréis que le haga yo? Id al señor Magra, nuestro panadero, y decid que dé lo necesario.
- El señor Magra no quiere dárnoslo; no lo envió desde ayer y no quiere volver a traerlo, y va diciendo que, si no se le paga, nunca más dará nada. Y es hombre que cumple lo que promete.
- Pensaremos en ello y lo remediaremos, contestó Don Bosco.

Yo oí este diálogo que habían mantenido en voz baja, y, no sé cómo, me invadió el presentimiento de que yo podía presenciar cosas extraordinarias. Los dos empleados de la cocina se retiraron. Entre tanto, llegó mi vez y comencé a confesarme. La misa estaba ya en la consagración, y uno de los dos empleados volvió a Don Bosco y repitió:

⁶⁷ Lemoyne, o.c., pp. 290-291.

—La misa está ya avanzada, ¿qué daremos a los chicos?
¡Dejadme confesar en paz, y ya veremos!

—Id a la despensa y buscad lo que haya, recoged también lo que pueda encontrarse abandonado por lo comedores.

El mozo se fue y yo seguí mi confesión, sin preocuparme mucho de que pudiera faltarme el desayuno, pues tenía que marcharme para Cavour pocos momentos después. Acababa yo de confesarme, cuando por tercera vez volvió el mismo individuo, diciendo de nuevo a Don Bosco:

—La misa va a terminar y no hay pan. Hemos recogido todo lo que se encontró y hay unos pocos panecillos, que no bastan para lo que se necesita.

Y metía prisa a Don Bosco, que seguía confesando con toda calma, para que diera las órdenes que pedía el caso. Hízole señas Don Bosco para que no se apurase y añadió:

—Meted en el cesto los panecillos que quedan todavía y dentro de unos instantes iré yo mismo a repartirlos.

En efecto, después de confesar, se levantó y se acercó a la puerta por donde salían los jóvenes de la iglesia al patio, que era la que está detrás del altar de la Virgen. Allí se solía repartir el desayuno y delante del umbral estaba ya la canasta del pan. Yo entonces, repasando en mi mente los hechos milagrosos que había oído contar de Don Bosco y, picado por la curiosidad, me adelanté a él para ir a situarme en un lugar oportuno, que me permitiera ver bien y observarlo todo a mis anchas. Al salir, encontré a mi madre a la puerta; llamada por carta a Turín, había venido para llevarme a casa y me dijo:

—Ven, Francisco.

Yo le hice ademán de que se retirara y añadí:

—Mamá, antes quiero ver una cosa, y después iré en seguida contigo.

Mi madre se retiró a los pórticos. Yo fui el primero en tomar mi panecillo y, al mismo tiempo, miré al cesto y vi que quedarían unos quince o veinte panecillos, a lo sumo. Después me coloqué, sin ser visto, exactamente detrás de Don Bosco en un lugar más elevado, es decir, sobre el peldaño, observándolo todo con los ojos bien abiertos. Entre tanto Don Bosco se había aprestado a

repartir el pan. Los muchachos iban desfilando ante él, felices por recibirlo de su mano, y se la besaban al tiempo que él decía a cada uno una palabra o le dedicaba una sonrisa.

Todos los alumnos, casi cuatrocientos, recibieron su panecillo. Al acabar la distribución, quise examinar de nuevo la canasta y con gran admiración, comprobé que había en ella la misma cantidad de pan que antes del reparto, sin que hubieran llevado más panes o cambiado la canasta. Quedé atónito y corrí derecho a mi madre.

—Ya no voy; no quiero marcharme, me quedo aquí. Perdóneme haberle causado esta molestia haciéndola venir a Turín.

Después le conté lo que había visto con mis propios ojos, diciéndole:

—No es posible que yo abandone una casa tan bendecida por Dios y a un hombre tan santo como Don Bosco.

Y fue éste el único motivo que me indujo a permanecer en el Oratorio y más tarde a asociarme a sus hijos”⁶⁸.

4. MULTIPLICACIÓN DE LAS AVELLANAS

“El 13 de diciembre de 1885, cuando acabó su plática, regaló avellanas a los muchachos; pero aquel día, al querer repartir las sobrantes, se obró un prodigio. Hizo que le llevaran el saquito, empezó a repartir con mucha abundancia. El clérigo Festa, al ver que había muchas menos que la vez anterior, le advirtió:

—No les dé tantas, que no van a llegar para todos.

—Déjame hacer a mí, replicó Don Bosco.

También el que sostenía el saquito le dijo que, si continuaba así, la mayor parte se quedaría sin nada.

—Tú calla, le dijo. ¿Tienes miedo de quedarte sin ninguna?

Era éste José Grossani, al que ya hemos nombrado, el cual estaba durante ciertas horas del día para atender a los que iban a visitar a Don Bosco y recuerda que las avellanas las había regalado la señora Nicolini.

Según él, eran sesenta y cuatro los presentes; como daba a cada uno un buen puñado y después con las dos manos a

⁶⁸ MB VI, cap. 57, pp. 586-588.

propósito, las avellanas se debieron haber acabado en seguida. Pero he aquí que llamó la atención de los muchachos una novedad del todo singular. Al observar la cantidad de avellanas que había sacado y las que aún quedaban, advirtieron maravillados que el nivel del saquito no disminuía y que, por más que seguía sacando, la cantidad de dentro no disminuía; parecía que una mano misteriosa metía dentro tantas cuantas él sacaba.

La maravilla subió al colmo cuando, al término del reparto, se pudo comprobar que el saquito pesaba lo mismo que al principio. Entonces, los muchachos no se pudieron contener y manifestaron a Don Bosco su gran extrañeza, preguntándole cómo se las había arreglado.

—¡Oh! Yo no lo sé, respondió sonriendo con toda sencillez. Pero puedo haceros a vosotros, que sois amigos míos, algunas confidencias. Os contaré lo que sucedió una vez en el Oratorio hace muchos años.

Y les contó la prodigiosa multiplicación de las castañas y la de las hostias consagradas⁶⁹.

5. MULTIPLICACIÓN DE LAS CASTAÑAS

“El año 1849, el domingo siguiente a la fiesta de Todos los Santos, Don Bosco, después de hacer en la capilla el ejercicio de la buena muerte, acompañó a todos los muchachos del Oratorio, internos y externos, a visitar el camposanto y rezar por el alma de los difuntos. Habíales prometido castañas al volver a Valdocco. Mamá Margarita había comprado tres sacos, pero, pensando que su hijo no necesitaría más que unas pocas para divertir a los muchachos, puso a cocer únicamente dos o tres cazos. José Buzzetti, que se adelantó al grupo de muchachos a la vuelta, entró en la cocina, vio que hervía una olla pequeña y se lamentó con la mamá de que no había bastantes castañas para todos. Pero ya no se podía remediar la equivocación. Y en esto, llegan los muchachos y se agrupan ante la puerta de la capilla de San Francisco. Subió Don Bosco al umbral para repartir las esperadas castañas. Buzzetti vertió la olla en un canastillo que sujetaba entre sus brazos. Don Bosco, creído que su madre

⁶⁹ MB XVIII, cap. 1, p. 25.

había cocido todas las castañas compradas, llenaba de ellas la gorra que cada muchacho le presentaba. Buzzetti, al ver que daba demasiadas a cada uno, le gritó:

—¿Qué hace usted, Don Bosco? No tenemos para todos, si sigue dando así, no llegan ni para la mitad.

—Sí que habrá, contestó Don Bosco; hemos comprado tres sacos y mi madre las ha cocido todas.

—No, Don Bosco; sólo éstas, éstas solas, repetía Buzzetti.

Sin embargo, Don Bosco, contrariándole disminuir la porción, respondió tranquilamente:

—Demos a cada cual su parte, mientras haya.

Y continuó dando a los demás la misma cantidad que a los primeros.

Buzzetti movía la cabeza y miraba a Don Bosco hasta que, por fin, no quedaron en el canasto más castañas que para dos o tres raciones. Sólo una tercera parte de los muchachos había recibido sus castañas y eran cerca de seiscientos. A los gritos de alegría sucedió un momento de silencio y de ansiedad. Los más próximos se dieron cuenta de que el cesto estaba casi vacío.

Entonces Don Bosco, creyendo que su madre había guardado las otras castañas, por razón de economía, corrió a buscarlas. Pero vio con sorpresa, que en vez de la olla grande, había empleado la pequeña. ¿Qué hacer? Sin perder la calma, dijo:

—Se las he prometido a los muchachos y no quiero faltar a mi palabra.

Tomó un cazo grande, lo llenó de castañas y siguió repartiendo las pocas que quedaban. Aquí empezaron las maravillas. Buzzetti estaba fuera de sí. Don Bosco hundía el cazo en el canasto y lo sacaba lleno hasta rebosar. ¡La cantidad que había en el canasto parecía que no disminuía! Y no fueron dos o tres, sino cerca de cuatrocientos los que recibieron castañas para saciarse.

Cuando Buzzetti devolvió el canasto a la cocina vio que aún quedaba dentro una ración, la de Don Bosco, porque quizá la Santísima Virgen le había reservado su parte”⁷⁰.

6. MULTIPLICACIÓN DE LAS MEDALLAS

“Don Domingo Belmonte, director de la casa de Sampierdarena, atestiguó que en San Siro ocurrió un hecho maravilloso. Don Bosco distribuía medallas de María Auxiliadora en la sacristía pero, cuando se le acabaron, se dirigió a él y le preguntó si había llevado más. El director le dio unas cuarenta o quizás menos. Entonces, el santo siguió repartiendo. El lugar estaba atestado de gente y daba sin cesar a cuantos alargaban la mano. Don Domingo Belmonte y el señor Dufour, que estaba al lado, no podían creer a sus propios ojos; se repartieron ciertamente varios centenares de medallas, quizás mil. Sin una multiplicación milagrosa aquello no hubiera sido posible”⁷¹.

LAS ORUGAS

“Con escritura del 9 de noviembre de 1861, ante el notario Turvano, Don Bosco vendía a Santiago Berlaita, obligado por la necesidad, una parcela del prado que medía 0,35 hectáreas, por el precio declarado de 44.480,20 liras. Perteneció en algún tiempo a la propiedad de los Filippi y confinaba con la cerca del Oratorio por el norte. Berlaita, que era hortelano, había plantado en 1862 en aquella su nueva posesión una gran cantidad de coles, que prometían buena cosecha. Pero he aquí que aparecieron las orugas, en tal abundancia que amenazaban acabar con todas sus esperanzas.

Acudió desconsolado a Don Bosco para que fuera a lanzar los exorcismos del ritual. Don Bosco fue, dio la bendición y se quedó un rato conversando con Berlaita. En aquel instante, acaeció un hecho singular. Todas las orugas se pusieron en

⁷⁰ MB III, cap. 51, pp. 442-443.

⁷¹ MB XVIII, cap. 2, p. 47.

movimiento. Empezaron a bajar de las coles, camino de la portezuela abierta en la cerca del Oratorio. Había ante ella un ancho foso de agua corriente cubierto con un tablero. Las orugas se deslizaron sobre él, avanzando hacia la pared de la capilla de san Luis, subieron por ella, entraron por el ventanal sobre el altar y fueron a pegarse en la cornisa y en las paredes de dicha capilla.

Estas quedaron totalmente ennegrecidas con la enorme cantidad de orugas muertas. Todos los de la casa estaban maravillados de la inexplicable novedad. Pero el huerto de Berlaita quedó enteramente limpio como atestiguó Don Rúa⁷².

LAS LANGOSTAS

“Un hecho singular despertó en muchos la fe adormecida en San Nicolás (Argentina). Entre los consejos que Don Bosco dio a los misioneros sobresalía este: *En cualquier grave necesidad en que os encontréis, acudid a Jesús sacramentado y a María Auxiliadora, teniendo seguridad de que vuestras esperanzas jamás quedarán frustradas.* Aquella zona está sujeta al terrible azote de las langostas. Caen encima de repente en densos nubarrones y destruyen en pocos días la cosecha del año y dañan la de los años siguientes. Hacía ya tres años consecutivos que se repetía el desastre. El año 1876, cuando los salesianos vieron el pánico general, pensaron en invitar a los pueblos a ponerse bajo la protección de María Auxiliadora y publicaron un solemne triduo en su iglesia. No faltaron quienes, alardeando de espíritus superiores a toda superstición, hacían burla de las beaterías de la gente sencilla; pero, especialmente los italianos, acudieron en masa.

Tres días después, llegó la langosta. En media hora se cubrió el campo y la ciudad. La cantidad superaba con mucho a la de las invasiones anteriores. Si se hubieran detenido un par de días, no habría quedado en todo el territorio ni una hoja de árbol ni una brizna de hierba. Al día siguiente, cuando menos se esperaba, el funesto ejército reemprendió el vuelo a otra parte. Quedaba

⁷² MB VII, cap. 17, pp. 143-144.

todavía una retaguardia que podía producir daños enormes, pero cayó aquella noche una tromba de agua y sopló un viento helado que las ahuyentó. El daño fue mínimo, de suerte que la vegetación se recuperó con vigor, es más, la cosecha de aquel año fue prodigiosa”⁷³.

LAS CAMPANAS

“La mañana del 5 de abril de 1846, estando los jóvenes en el prado, Don Bosco, después de confesar a una buena parte, los reunió y les anunció que iban a ir a misa al convento de N. Sra. del Campo, casi a dos kilómetros, camino de Lanzo.

Les dijo: *Vamos como peregrinos a honrar a María para que esta piadosa Madre nos obtenga la gracia de encontrar pronto otro lugar para nuestro Oratorio.* La propuesta fue acogida con alegría. Todos se pusieron enseguida en orden. Dado que la excursión tenía carácter de devoción y no de esparcimiento, mantuvieron una actitud más edificante que nunca y así, a lo largo del camino, fueron rezando el rosario, cantando las letanías y otras cosas piadosas.

Al llegar al sendero flanqueado de árboles que lleva de la carretera al convento, con gran maravilla de todos, empezaron a sonar a rebato las campanas de la iglesia. He dicho con maravilla de todos; porque, aunque habían ido allí otras veces, nunca se había celebrado su llegada al son de los bronces sagrados. La demostración fue tenida por tan extraña y fuera de costumbre que se corrió la voz de que las campanas se habían puesto a tocar por sí mismas. Lo cierto es que el padre Fulgencio, guardián del convento, aseguró que ni él ni ninguno de la Comunidad había dado orden de que se tocaran las campanas en tal ocasión y que, por cuanto hizo para saber quién las había tocado, no le fue posible descubrirlo”⁷⁴.

⁷³ MB XII, cap. 9, p. 240.

⁷⁴ MB II, cap. 45, pp. 317-318.

EL ROSAL

“Otro hecho maravilloso ocurrió el año 1862. Don Bosco había ido de visita al castillo de la marquesa de Sommariva. Le instalaron para dormir en una habitación, a cuya ventana se encaramaba, por la parte exterior del muro, un magnífico rosal, totalmente desnudo y seco en aquella rígida estación. Había nevado mucho. Pero, a la mañana siguiente, apareció el rosal florido con asombro de todo el mundo. Cuando fue el criado a abrir la ventana de la habitación, mientras Don Bosco celebraba la santa misa, y lo vio, corrió a notificar el portento a su noble señora, la cual acudió y contempló una eflorescencia como no se vio en muchos años.

Nunca oímos a Don Bosco narrar este hecho. Sólo mucho más tarde corrió una voz confusa sobre el mismo. Pero una vez muerto el hombre de Dios, don Juan Garino preguntó a la señora condesa Carolina de Soresina Vidoni Soranzo, el 19 de abril de 1888, sobre algunas anécdotas portentosas relativas a Don Bosco y conocidas por dicha señora, la cual le respondió entre otras cosas:

Respecto al milagro del rosal florido en diciembre de 1862, si no me equivoco, estoy segurísima de ello, por habérmelo contado mi difunta tía la marquesa de Sommariva del Bosco, mujer dignísima de ser creída.

También monseñor Apolonio, dotado de feliz memoria, obispo de Treviso, amigo de las dos nobles familias y de Don Bosco, contó a don Tulio de Agostini, párroco de San Pedro, en Padua, el hecho maravilloso del *rosal*. Él estaba totalmente persuadido de la realidad del milagro, como de algo indiscutible”⁷⁵.

* * * * *

Decía Don Bosco:

Cultiven una tierna y verdadera devoción a María. Si supieran su importancia en la hora de la muerte, no la cambiarían por todo el oro del mundo.

⁷⁵ MB VII, cap. 33, pp. 303-304.

FUTURO DE LA CONGREGACIÓN

Dios le concedió a Don Bosco el don de profecía para conocer cosas futuras. En muchos de sus sueños sobrenaturales, que fueron por lo menos 159, Dios le revelaba no sólo el estado de conciencia de muchos de sus jóvenes, sino también cosas futuras, como la muerte de algunos de ellos y quiénes serían sacerdotes.

En uno de estos sueños proféticos, del 31 de enero de 1885, le reveló el futuro de la Congregación salesiana. Nos dice:

“Me pareció acompañar a los misioneros (salesianos) en su viaje (a América del sur)... Al final del viaje, me vi solo en medio de una extensísima llanura colocada entre Chile y Argentina. Mis queridos misioneros se habían dispersado tanto por aquel espacio sin límites que apenas si los distinguía. Al contemplarlos, quedé maravillado, pues me parecían muy pocos... Al fondo de un camino larguísimo, que se dirigía hacia Chile, vi una casa con muchos salesianos, los cuales se ejercitaban en la ciencia, en la piedad, en los diferentes artes y oficios y en la agricultura. Hacia el Mediodía estaba la Patagonia. En la parte opuesta, de una sola ojeada, pude ver todas nuestras casas de la República Argentina. Las de Uruguay, Paysandú, Las Piedras, Villa Colón; en Brasil pude ver el Colegio de Niteroi y muchos otros institutos esparcidos por las provincias de aquel imperio. Hacia Occidente se abría una última y larguísima avenida que, atravesando ríos, mares y lagos, conducía a países desconocidos.

En aquel momento, apareció junto a mí un personaje de noble aspecto. Resplandecía en toda su persona. Reconocí en él a mi intérprete. Le pregunté:

—¿Dónde nos encontramos?

—Estamos en Mesopotamia...

¡Cuántas cosas magníficas vi! ¡Vi todos y cada uno de los colegios! Vi, como en un solo punto, el pasado, el presente y el porvenir de nuestras misiones... Vi también en aquella amplia extensión, la gran cantidad de salvajes que están esparcidos por el Pacífico hasta el Golfo de Ancud, por el estrecho de

Magallanes, cabo de Hornos, islas de San Diego, islas Malvinas.
Toda la mies destinada a los salesianos...

Una vez, contemplando el campo que el Señor nos tiene destinado y el porvenir glorioso de la Congregación salesiana, me pareció que me ponía en viaje para regresar a Italia. Era llevado a gran velocidad por un camino extraño, altísimo, y, de esa manera, llegué al Oratorio... Vi en un solo punto el presente, el pasado y el futuro de aquellas misiones con todas sus fases, peligros, éxitos, contrariedades y desengaños momentáneos que acompañaban este apostolado⁷⁶.

* * * * *

Palabras de san Juan Bosco, dejadas como testamento a todos
sus hijos de todos los tiempos.

CON EL PAPA, SIEMPRE CON EL PAPA Y DONDEQUIERA
CON EL PAPA.

PROPAGAD LA DEVOCIÓN AL SANTÍSIMO SACRAMENTO Y
A MARÍA AUXILIADORA Y VERÉIS LO QUE SON LOS
MILAGROS

(Lemoyne, o.c., p. 605)

⁷⁶ MB XVII, cap. 11, pp.260-265.

CONCLUSIÓN

Después de habernos alegrado al leer muchas vivencias de fe de san Juan Bosco, podemos sentirnos orgullosos de él, como padre, hermano y amigo nuestro. Él fue un maestro de la juventud, pero lo es también para cada uno de nosotros, ya que su vida fue un Evangelio viviente. Las principales verdades dogmáticas de nuestra fe, él las vivió y nos enseña, como buen maestro, por propia experiencia y no sólo de oídas.

Alegra el alma leer los testimonios que él mismo escribe o los que escribieron sus más íntimos colaboradores en las *Memorias biográficas*. Es como una inyección de fe ver tanta sencillez al relatar ejemplos de multiplicación de las hostias, de las medallas, de los panes, de las castañas o de las avellanas, que son prodigios que superan las leyes de la naturaleza. Pareciera como que Dios quisiera decirnos hoy, a través de él, que todavía existen los milagros para los que tienen fe y que no podemos dejarnos llevar del racionalismo, que todo lo discute y critica, apagando la fe.

Nuestro Padre Dios se da el gusto de hacer grandes milagros por intercesión de María y por medio de sus imágenes o medallas para indicarnos que las imágenes son fuente de bendiciones inmensas para nosotros y nos ayudan en nuestra lucha contra el maligno.

También Don Bosco nos enseña, con su experiencia, la importancia de la confesión y comunión frecuentes, del rezo de jaculatorias, del uso del agua bendita y de la consagración a María. Pero, sobre todo, del amor que debemos tener a Jesús Eucaristía, asistiendo frecuentemente a la celebración de la misa, que es el cielo en la tierra. Igualmente, nos enseña la importancia de la devoción al ángel custodio, que es un amigo cercano que Dios nos da a cada uno para ayudarnos en nuestro caminar hacia Él.

En resumen, leyendo la vida de san Juan Bosco, nuestra fe se estimula y nuestro amor a Dios y al prójimo crece. Es como si nos dijera a cada uno que la santidad no es un privilegio de unos pocos, sino un deber de todos.

Que Dios te bendiga por medio de María.

Saludos de mi ángel y saludos a tu ángel.

Tu hermano y amigo del Perú.

Ángel Peña O.A.R.
Parroquia La Caridad –
Pueblo Libre
LIMA – PERÚ

BIBLIOGRAFÍA

Bosco Teresio, *Don Bosco*, Ed. Salesiana, Lima.

Don Bosco, *Autobiografía*, Editorial salesiana, Lima, 1977.

Lemoyne Juan Bautista, *Vida de Don Bosco*, Editorial Don Bosco, Buenos Aires, 1954.

Lemoyne, Amadei, Ceria, *Memorias biográficas de san Juan Bosco*, 19 volúmenes, Ed. Central catequística salesiana, Madrid, 1981-1989.

Lemoyne, Amadei, Ceria, *Memorie biografiche di san Giovanni Bosco*, 19 volumini, san Benigno Canavese, Torino, 1898-1937.

Molinaris M., *Floreillas de Don Bosco*, Madrid, 1978.

Sálesman Eliécer, *Los sueños de san Juan Bosco*, Ed. Apostolado bíblico católico, tercera edición, Bogotá, 2001.

* * * * *